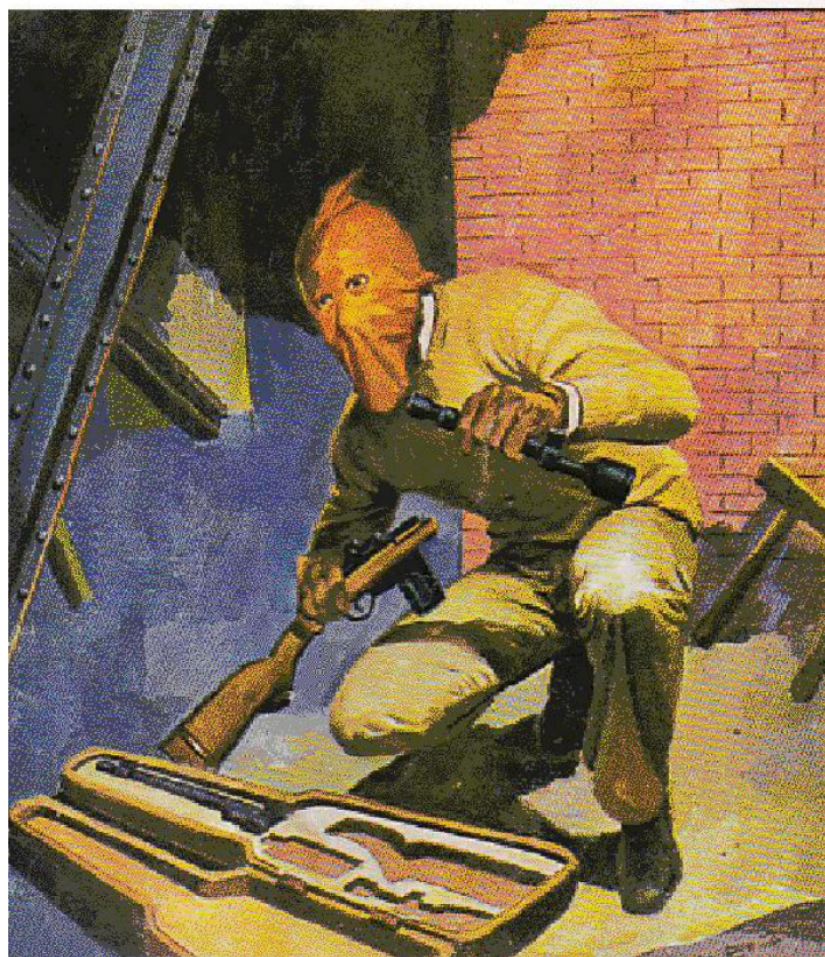


BOLSABOTAS BRUGUE RA
PUNTO
ROJO

inventar un asesino

ray lester



COLECCION

PUNTO ROJO



RAY LESTER

INVENTAR UN ASESINO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 770
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 46.609 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1977

© Ray Lester - 1977

texto

© Enrique Martín - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección KANSAS:

777 — Los cadáveres no disparan

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.034 — Valle Irlanda

En Colección COLORADO:

878 — Hembras maliciosas

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

303 — Indultado para matar

En Colección SALVAJE TEXAS:

907 — Los diablos de Coyame

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

234 — Amor de leona

En Colección PUNTO ROJO:

764 — Una tumba por delante

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.377 — Cazadora de espías

PRÓLOGO

A pesar de la sucia neblina pegajosa que envolvía el aeropuerto Heathrow de Londres, el poderoso reactor procedente de Tel Aviv se posó sin demasiadas dificultades en la pista y se dirigió lentamente a una de las galerías cubiertas.

Los viajeros abandonaron el interior del reactor con sus equipajes de mano y se encaminaron a través del túnel hacia la terminal de Llegadas Internacionales.

Caminaban rápidos, como si realmente tuvieran la imperiosa necesidad de ser los primeros en llegar ante el mostrador donde los aguardaban impasibles los agentes de policía encargados de controlar las entradas y salidas del país.

No obstante, se vieron obligados a esperar casi quince minutos hasta que las valijas comenzaron a desfilar por delante de ellos sobre la cinta transportadora.

Un hombre rubio de elevada estatura y facciones de boxeador, que vestía un amplio chaquetón de piel, se retrasó voluntariamente para ser de los últimos en pasar la aduana.

A su lado, otro tipo de fuerte anatomía, rostro anguloso y piel oscura, susurró:

—Ten a punto la «regadera», Roger.

El rubio asintió levemente.

—Descuida.

Cuando llegó el momento de pasar por delante del policía, se adelantó el hombre de piel oscura y rostro anguloso. Sonrió al agente depositando un maletín de color marrón en el mostrador.

El policía lo miró inexpresivamente.

—Su pasaporte.

El individuo introdujo la zurda en el bolsillo de la americana de pana y sacó el documento, entregándolo. Después de echarle una ojeada, el agente, inquirió:

—¿Motivos de su visita?

—Turismo.

—¿Tiene algo que declarar?

—Desde luego —sonrió, bromista, el sujeto—. Traigo lleno de narcóticos el maletín.

El policía levantó la mirada, posándola inexpresivamente en el rostro del viajero.

—Los chistes debe dejarlos para otra ocasión, señor. ¿Quiere que le repita la pregunta?

—No se moleste, hombre —sonrió el sujeto—. Me habían dicho que los ingleses tienen un acusado sentido del humor.

El policía empezó a impacientarse.

—¿Quiere hacer el favor de abrir su maletín?

—No faltaba más.

Pero en lugar de obedecer, el hombre de piel oscura se giró al rubio del amplio chaquetón de piel y le dirigió una irónica mirada.

—¿Qué opinas tú, muchacho?

—Echa a andar y no lo abras.

El agente arrugó el ceño, extrañado, y durante unos segundos no supo cómo reaccionar. Luego adelantó ambas manos hacia el maletín, al tiempo que empezaba a decir:

—Si lo que pretenden es crear problemas...

El rubio llamado Roger hizo un rápido movimiento y sacó una corta metralleta que hasta entonces estuvo oculta bajo el faldón del chaquetón. Encañonando al policía, aconsejó, risueño:

—Yo no haría eso, agente.

El uniformado policía se quedó de muestra. Boqueó incrédulo y comenzó a levantar ambas manos, instintivamente. Algunos compañeros se dieron cuenta de lo que ocurría y quisieron sacar sus armas.

Pero entonces el rubio les envió una ráfaga.

El tableteo de la metralleta resonó en el recinto de la terminal, de forma ensordecedora. Los agentes situados al otro lado del mostrador resultaron alcanzados de lleno y se desplomaron como peleles, sin tiempo a oponer resistencia.

La barahúnda que se formó, a consecuencia de los disparos, fue impresionante. Las personas que se encontraban en el recinto corrieron enloquecidamente, atropellándose unas a otras. Por todas

partes se escuchaban histéricos gritos de terror.

Aún no había terminado de caer el último policía alcanzado por las balas de la metralleta, cuando ya corrían hacia la salida de la terminal los dos individuos.

El rubio Roger seguía apretando el gatillo de la metralleta a intervalos, disparando por encima de la gente. Aquello contribuía a que el pánico se incrementara en la masa y la situación fuese cada vez más confusa.

El tipo de rostro anguloso y piel oscura corría junto a su compinche, con el maletín sujeto en la zurda y un revólver en la diestra. Por dos veces tuvo que adelantarse y abrir fuego contra agentes de policía que intentaban cerrarles el paso.

Todo había sucedido en cuestión de segundos.

Los dos sujetos llegaron a la salida del recinto y se encontraron en el enorme vestíbulo que forzosamente deberían cruzar para alcanzar el exterior del aeropuerto.

Allí también reinaba una tremenda algarabía y todo el mundo se alejaba apresuradamente del recinto de Llegadas Internacionales. Sabían que algo anormal estaba sucediendo en Heathrow y no tenían la menor curiosidad por averiguar de qué se trataba.

Roger miró hacia los que huían y vio que de la masa se destacaban varios policías con las armas empuñadas. Corrían en dirección a ellos y buscando momentáneos refugios; mientras avanzaban, comenzaron a abrir fuego precipitadamente.

El rubio titubeó y rugió su compañero:

—¿A qué esperas, infiernos?

Roger apretó el gatillo enviando varias ráfagas en dirección a los policías que intentaban cerrarles el paso. Dos de ellos se derrumbaron, alcanzados por los proyectiles.

También entre los civiles cayeron algunas personas.

El tipo de rostro anguloso y piel oscura siguió disparando su revólver, haciendo un imperioso ademán al rubio.

—¡Te cubro, Roger!

Su amigo no lo pensó dos veces y salió a la ancha acera exterior. Una vez en ella, dirigió otra rociada de balas a izquierda y derecha, conteniendo de esa forma a cualquier osado policía que quisiera hacer méritos ante sus jefes.

Luego corrió todo lo rápido que pudo hacia un coche que se

hallaba estacionado con las puertas abiertas y el motor en marcha. Detrás del volante tomaba asiento un sujeto de grueso cuello, que miraba nerviosamente hacia la salida.

Roger entró a toda velocidad en el auto.

El conductor masculló, impaciente:

—¿Qué le pasa a Bart?

El rubio no llegó a responder, porque su compinche salió en estampida del interior del vestíbulo y cruzó la acera en varias zancadas. Se metió dentro del vehículo y apremió a gritos:

—¡Pisa a fondo, George!

La orden era innecesaria, puesto que George Whitman, el hombre de grueso cuello sentado tras el volante, salió a toda velocidad de allí haciendo rugir el motor.

El auto rodó, sobrepasando todos los límites permitidos durante un par de millas.

Junto al conductor, inquirió, jadeante, el hombre de piel oscura:

—¿Todo en orden, George?

—Perfectamente, Bart. Nos meteremos dentro del camión antes de un minuto. La policía ya puede ir ordenando nuestra captura. ¿Habéis conseguido pasar el género?

Bart Nader, el hombre de rasgos angulosos, palmeó con la zurda el maletín que sostenía sobre las rodillas.

—Todo ha salido tal como se planeó. —Hizo una breve pausa y agregó, risueño—: El pánico de una muchedumbre es el mejor aliado, en determinados momentos.

El rubio Roger se pasó la lengua por los labios.

—Hemos tenido que matar a varias personas, Bart. —¿Y eso te preocupa? Si llegan a cogemos alguna vez, lo mismo darán tres, que treinta muertos, Roger.

CAPÍTULO PRIMERO

Apenas si habían transcurrido quince horas desde los graves acontecimientos ocurridos en el aeropuerto de Heathrow, cuando el norteamericano James Graham llegó a él en un vuelo procedente de Italia.

Graham andaba por los treinta y estaba cerca del metro noventa de estatura. Sus hombros eran bastante anchos y su sastre no tenía necesidad de poner guata en las americanas, de corte perfecto y de la máxima calidad. El mentón cuadrado y los fríos ojos grises le conferían el aspecto de un hombre duro, agresivo.

Tan pronto se encontró en el vestíbulo después de pasar por el mostrador de la aduana, se le aproximó un individuo uniformado que respetuosamente inquirió:

—¿El señor James Graham?

El norteamericano posó los ojos grises en él.

—Depende.

El tipo pestañeó, sorprendido.

—¿Cómo dice, señor?

—Que soy James Graham según para lo que sea, amigo.

—Comprendo —movió la cabeza afirmativamente, el otro—. He recibido instrucciones de mi jefe para llevarlo a su presencia, señor Graham.

—No me diga.

—Mi nombre es Arthur Collins, señor Graham. Mi jefe le ruega tenga la amabilidad de acompañarme y perder una hora. Su vuelo a Nueva York no sale hasta las doce quince —el uniformado chófer echó una ojeada a su reloj de pulsera y añadió—: Dispone usted de dos horas y cuarenta minutos, señor Graham.

El norteamericano observó detenidamente al tipo.

—¿Quién es tu jefe, Collins?

—Lord Adlai Whinlake, señor Graham.

—¿Te refieres al poderoso multimillonario, rey de las finanzas?

—No existe otro lord Whinlake en toda Inglaterra, señor Graham. ¿Me acompañará?

James Graham se hallaba un tanto desconcertado.

—Dame una razón para hacerlo, Collins.

—Lord Whinlake sólo me autorizó a mencionar dos palabras.

—Suéltalas.

—Medio millón, señor Graham.

El yanqui dejó escapar una suave risita.

—Dos palabras sumamente persuasivas, Collins. Supongo que el coche espera fuera, ¿no?

Arthur Collins afirmó dando una cabezada.

—Desde luego, señor Graham.

—Vamos, entonces. No conviene hacer esperar a un hombre que menciona dos palabras tan gratas al oído.

Lord Adlai Whinlake se levantó tras la suntuosa mesa de su despacho y tendió la mano al hombre que tenía delante. Luego hizo una indicación, señalando un confortable butacón.

—Por favor, señor Graham, tome asiento. ¿Qué desea beber?

James Graham encogió los hombros.

—Me conformo con un *whisky*, lord Whinlake.

El aristócrata inglés miró al tieso mayordomo que permanecía estático en el centro del lujoso despacho.

—Yo tomaré *brandy*, Alan.

El mayordomo preparó las dos bebidas y, entretanto, ofreció lord Whinlake un habano a su visitante. Graham movió la cabeza denegando y se puso un cigarrillo en los labios.

—Mis gustos no son refinados, lord Whinlake.

El multimillonario ofreció fuego a Graham y tras encender éste, el cigarrillo, aplicó la llama al habano que sujetaba en su boca mientras le daba vueltas con los dedos de la otra mano.

El mayordomo depositó las bebidas sobre la mesa y, exhalando una bocanada de humo, ordenó el aristócrata:

—Puedes retirarte. Alan.

Graham bebió un sorbo de *whisky* viendo salir al criado y cuando quedaron solos, depositó las grises pupilas en el severo semblante del multimillonario inglés.

—Usted dirá, lord Whinlake. Su chófer particular utilizó dos palabras mágicas para hacerme venir.

El inglés también bebió un sorbo, antes de decir:

—Su tarifa por caso resuelto es de medio millón de dólares. ¿Me equivoco, señor Graham?

—Está usted muy bien informado, respecto a mí. ¿Cómo pudo localizarme en Heathrow?

—Dispongo de un eficiente servicio de información. Me dijeron que es usted el mejor detective del mundo y que se hallaba en vuelo de Roma a Londres, donde haría escala para seguir luego a Nueva York.

Hubo un breve silencio y preguntó Graham:

—¿Desea contratar mis servicios, lord Whinlake?

—En efecto.

El yanqui estuvo unos segundos escrutando el rostro impenetrable del aristócrata y después terminó sacudiendo la cabeza, en sentido afirmativo.

—De acuerdo, lord Whinlake. Supongo que su servicio de información le habrá puesto en antecedentes respecto a mi forma de trabajar. No acepto todos los asuntos que se me ofrecen. Si me cuenta en qué consistirá mi trabajo, le podré dar una respuesta concreta.

—Antes deseo hacerle saber que mi precio no será de medio millón de dólares, sino de libras esterlinas.

James Graham emitió un suave silbido.

—Creo que no me gustará el trabajo, señor.

—Medio millón de libras es mucho dinero, señor Graham.

—Por eso mismo lo digo. Usted va a proponerme algo de suma importancia. Pero antes de que siga hablando quisiera hacerle una salvedad de que no todos los yanquis somos *gangsters*. De vez en cuando salimos algunos con honradez.

Lord Whinlake ni siquiera movió un músculo de su grave semblante por la irónica alusión del joven. Después de dar una larga chupada al habano, dijo, serio:

—No quiero inventar un asesino, señor Graham.

—Mejor para todos, lord Whinlake. Adelante con su proposición.

El inglés guardó un breve silencio, antes de proseguir:

—¿Ha tenido ocasión de leer lo sucedido en Heathrow, señor

Graham?

—Lo estuve leyendo en un diario romano antes de abandonar Italia. Más tarde, lo he leído en inglés, durante el vuelo. La verdad es que esperaba encontrarme el aeropuerto alborotado.

—La policía inglesa se mueve muy bien para restablecer el orden cuando éste se altera.

Graham vislumbró un marcado sarcasmo en las palabras de su oponente y prefirió no hacer comentarios.

Lord Whinlake preguntó:

—¿Qué opina del hecho, señor Graham?

—Lo que puede opinar cualquier persona equilibrada, señor. Considero que ha sido una salvajada incalificable.

—Exacto. Cinco personas muertas y doce heridas —informó el aristócrata—. Un crimen ignominioso.

—Scotland Yard sabe moverse y no dudo que dará con los culpables, haciéndoles pagar su delito.

El multimillonario meneó la cabeza, dubitativo:

—Lo dudo mucho.

—No tiene confianza en la policía de su país, ¿eh?

—No tengo ninguna confianza en las leyes inglesas, señor Graham. Por eso le suplico que se encargue usted de buscar a esos asesinos.

James arrugó el ceño.

Lord Whinlake había pronunciado la palabra *suplico* y él estaba persuadido de que pocas veces lo hacía. Sacó la conclusión de que el inglés poseía poderosas razones para contratar sus servicios. Acabó con el *whisky* y levantó los ojos, mirándole.

—¿Qué motivos tiene para encargarme el trabajo, lord Whinlake?

—Dice que ha leído todo lo sucedido.

—En efecto.

—Dos de los muertos eran civiles, nada tenían que ver con la policía. Uno de ellos era una mujer. Una muchacha encantadora pletórica de juventud y ternura. —Lord Whinlake se mordió el labio inferior, guardando silencio y el joven vio que inclinaba la cabeza. Luego agregó, lentamente—: Yo... me iba a casar con ella.

James no pudo reprimir un leve respingo.

—¿Se está refiriendo a Laura Britt?

—Sí.

—Pero... ningún diario le ha relacionado a usted con esa chica. Y su fama...

—Lo manteníamos en secreto —confesó el aristócrata—. Laura tenía sólo treinta y dos años, señor Graham. Yo..., casi le doblaba en edad. No quisimos dar publicidad a nuestras relaciones.

James movió la cabeza.

—Comprendo.

—Se encontraba en el aeropuerto despidiendo a su hermano, que partía para Suecia. Ahora..., nunca volveré a verla junto a mí.

—Créame que lo siento, lord Whinlake.

—¿Se hará usted cargo del caso?

Había una gran ansiedad en la pregunta del inglés y el detective no dejó de advertirla. Durante unos segundos se mantuvo silencioso y procedió a encender un nuevo cigarrillo.

—¿Qué responde, señor Graham? —apremió, impaciente, lord Whinlake—. Si se trata de dinero puedo subir...

James le atajó, levantando la diestra.

—No es cuestión de dinero, lord Whinlake.

—Entonces...

—Vamos por partes —le cortó nuevamente el joven—. Usted ha dicho un par de cosas que han llamado mi atención y desearía aclararlas, antes de continuar hablando.

—De acuerdo.

—En primer lugar dio a entender que su propósito no era contratar a un asesino. Después ha dicho que no tiene ninguna confianza en las leyes inglesas, ¿cierto?

Lord Whinlake asintió despacio.

—Así es.

—Supongamos que me adelanto a Scotland Yard y atrapo a esos criminales. ¿Debo entregarlos a la justicia en la que usted no confía o, por el contrario, tendría que ejecutarlos yo mismo?

Lord Adlai Whinlake le miró largamente.

—Puedo poner hasta un millón de libras en sus manos, señor Graham.

El joven se incorporó en el asiento y aplastó el cigarrillo en el cenicero de plata que había sobre la mesa.

—Se ha equivocado, lord Whinlake.

—¡Espere...! —pidió el aristócrata levantándose también a medias—. Siempre existen varias formas de hacer una cosa. Usted tiene licencia para llevar armas y si un delincuente lo atacara no tendría otra alternativa que defenderse, ¿no?

James Graham sonrió acremente.

—¿Y la almohada, lord Whinlake?

El multimillonario parpadeó, sin comprender.

—¿A qué almohada se refiere?

—A la mía, naturalmente. Cuando por las noches apoyo la cabeza en ella, me gusta dormir a pierna suelta. Y eso es difícil de conseguir si algo sucio nos reprocha la conciencia.

—Creí que los hombres como usted se encontraban muy encima de esos... convencionalismos, señor Graham.

James volvió a reír, sarcástico.

—No siempre podemos desprendemos totalmente de ellos, lord Whinlake. La mayoría de las veces se queda un poco agachado en algún lugar de nuestras mentes. Y el mundo será un verdadero asco el día que eso no ocurra.

El lord inglés torció los labios, componiendo una mueca.

—Me habían dicho que era usted el mejor detective del mundo.

—Y lo sigo siendo.

—También es un sentimental.

—No voy a negarlo. Me gustan las flores, los niños, las aves... y medio millón de dólares, de vez en cuando.

Hubo un corto silencio y lo rompió el inglés, señalando otra vez el butacón.

—Le ruego que vuelva a sentarse, señor Graham. James siguió derecho.

—¿Piensa ofrecerme más dinero por actuar de verdugo?

—Deseo llegar a un acuerdo con usted, señor Graham. Estoy seguro de que puede encontrar a los criminales que acabaron con Laura.

—Es posible.

—Lo hará usted a su manera.

—Siempre lo hago así, lord Whinlake.

—Si puede cogerlos..., haga lo que estime más conveniente para que reciban el castigo que merecen, señor Graham.

James se quedó mirando al aristócrata unos segundos, y luego

sonrió, volviéndose a sentar.

—Podemos llegar a un acuerdo, lord Whinlake.

CAPÍTULO II

Jack Brannan, inspector de la Brigada de Homicidios de Scotland Yard, compuso una mueca de contrariedad, contemplando al hombre que había tomado asiento en una esquina de su mesa de trabajo y le sonreía de oreja a oreja.

—Me estabas haciendo la misma falta que una patada entre las piernas, Jim.

James Graham siguió sonriendo abiertamente.

—Vamos, Jack, no me digas que no te alegras de ver a un amigo.

—¿Dónde está ese amigo, Jim?

—Lo tienes delante de tus ojos, Jack. No he querido ver a nadie antes que a ti en Londres.

Jack Brannan, de unos treinta y cinco años, pobladas cejas y ojos de penetrante mirada, ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Vacaciones, Jim?

—¡Venga, Jack! Sabes que siempre paso mis vacaciones en un país de ese mar maravilloso que es el Mediterráneo. Sólo un imbécil puede venir de vacaciones a Londres.

—Entonces es que tienes trabajo aquí, ¿eh?

James Graham se masajeó la nuca.

—Bueno... Estuve leyendo lo ocurrido en el aeropuerto de Heathrow y pensé que podría echaros una mano.

El inspector Brannan chasqueó la lengua.

—A otro perro con ese hueso, Jim.

—Te estoy diciendo la pura verdad, Jack. ¿Te he engañado en alguna ocasión?

—He perdido la cuenta.

—Ahora es distinto. En estos momentos no tengo nada entre manos y he pensado que...

Brannan se incorporó bruscamente y alargando el brazo por

encima de la mesa, clavó el índice en el hombro del detective yanqui, diciendo como si masticara las palabras:

—Escucha bien lo que voy a decirte, Jim —hizo una breve pausa y añadió—: En Heathrow hubo cinco muertos y doce heridos. Seis de esos heridos se encuentran bastante graves. Eso quiere decir que estoy sumamente ocupado y no puedo perder ni un minuto más contigo. Te agradezco la ayuda, pero tengo que rechazarla de plano. Toda la policía inglesa está trabajando en el asunto y esperamos evitar que la opinión pública se nos eche encima. Conque baja de mi mesa antes de que aparezca el superintendente Bryce y lárgate al galope.

James Graham dijo, impasible:

—Hice unas pequeñas indagaciones antes de venir a verte, Jack.

—Me lo contarás otro día, Jim. Si viene Bryce y te ve sentado en mi mesa, me la voy a cargar.

Graham se levantó de la esquina de la mesa.

—Tengo entendido que uno de los agentes del aeropuerto consiguió identificar a uno de los salvajes criminales, Jack.

Brannan arrugó el ceño, escrutándole el semblante.

—¿Quién te ha dicho eso?

El detective encogió los hombros emitiendo una risita inocente.

—Dispongo de contactos en todas partes, Jack. Ya conoces mi manera de trabajar.

El inspector de Scotland Yard apretó los maxilares.

—Puedo sacarte la información, Jim.

—Vamos a no discutir sobre eso, ¿quieres? Es mejor que centremos la conversación en Bart Nader. Un criollo de Nueva Orleans, buscado por los cinco continentes para premiarlo por buena conducta. No tenía ni idea de que de pronto se había convertido en terrorista.

Jack Brannan replicó, áspero:

—Sin comentarios, Jim. Para tu información debo decirte que no necesitamos la ayuda de un expolicía yanqui para resolver el asunto. Los ingleses tal vez no seamos tan expeditivos como vosotros, pero tampoco tenemos serrín en el cerebro.

James Graham meneó la cabeza, sonriente.

—Nunca he puesto en duda vuestra eficacia, Jack. Le que ocurre es que a un yanqui nadie lo entiende mejor qué otro yanqui.

Estamos cortados por patrones similares.

El inspector Brannan dijo, con insultante sarcasmo:

—Te refieres a que todos sois un hatajo de salvajes sin consideración hacia el prójimo, ¿eh?

Graham asintió, sin borrar la sonrisa de sus labios.

—Nuestros colonizadores nos dieron un excelente ejemplo, Jack. En lugar de llevar una ramita de olivo en la zurda y un crucifijo en la diestra, los ingleses se impusieron a las colonias con un látigo en la mano izquierda y un pistolón en la derecha.

Brannan acusó la indirecta y barbotó:

—No dispongo de tiempo para seguir discutiendo contigo, Jim.

—No seas rencoroso y escucha mi plan por lo menos, Jack.

El hombre de Scotland Yard titubeó unos instantes, pasándose la palma zurda por el rostro. Después consultó la hora en su reloj de pulsera y accedió:

—Cinco minutos, ni uno más, Jim.

—Conforme. Todavía ignoro los motivos que ha tenido Bart Nader para pasarse al terrorismo internacional, pero...

—No ha sido un acto de terrorismo, como todo el mundo supone —lo atajó Brannan, haciendo un gesto—. Y te lo digo porque me consta que, de una forma u otra, acabarás averiguándolo.

Graham lo miró, arrugando el ceño.

—Había supuesto que se trataba de un acto terrorista. Ya sabes... Una de esas organizaciones con sus comandos suicidas.

Jack Brannan se impacientó.

—¿Has venido a sonsacarme o a exponer un plan que no llevaré a cabo, Jim?

—No seas quisquilloso, hombre.

—Al grano, Jim.

—Está bien —suspiró el detective norteamericano—. Hace rato estuve hablando con mi oficina de Nueva York. Allí dispongo de un archivo particular mucho más eficaz y ordenado que los oficiales. Sólo está dedicado a delincuentes de altura como Nader y en cada ficha se reflejan los datos que realmente interesan. Ése es uno de los secretos para tener éxito en mi profesión y haberme convertido en uno de los mejores detectives del mundo actualmente.

—No tienes abuela, ¿eh, Jim?

—Sabes que lo que digo es cierto, Jack. En varias ocasiones te he

facilitado informes sobre...

—¿Vas a echármelo en cara, Jim?

—¡No, infiernos!

—Estábamos por la conversación con tu oficina de Nueva York.

—Tienes prisa, ¿no?

—Estás desperdiciando tu tiempo, Jim.

James Graham dejó escapar un suspiro.

—Voy a decirte algo para que te olvides del reloj, Jack. Hablé con mi oficina, y en estos momentos puedo asegurar que poseo más datos sobre Bart Nader que toda la policía inglesa. Por lo menos sé la forma de llegar hasta él.

El inspector de Scotland Yard hizo una mueca escéptica.

—Otro de tus malditos trucos, Jim —comentó, tras un corto silencio—. No volverás a liarme.

—Llévame ante el superintendente Bryce, Jack.

Brannan boqueó, perplejo.

—¿Cómo dices?

—Ya lo has escuchado, Jack. Tú solo eres un pez pequeño y un trato contigo se podría romper en cualquier momento.

—Oye, muchacho...

—O hablo con Bryce o no digo nada y me largo, Jack —lo interrumpió Graham—. Te toca decidir a ti.

El de Scotland Yard lo meditó unos segundos.

—¿Es cierto que sabes la manera de llegar hasta Bart Kader?

James Graham rió, irónico.

—Averiguarlo te costará llevarme a la presencia de Bryce. Jack. Lo tomas o lo dejas.

Después de otros segundos de meditación, Brannan soltó un gruñido.

—Como no estés diciendo la verdad...

El superintendente Zachary Bryce esperó a que su inspector Jack Brannan acabase de informar. A continuación desvió la mirada a Graham y empezó a decir pausadamente:

—Conozco su fama como detective privado, señor Graham. Sin embargo, no creo eso de que tenga el medio de llegar a Bart Nader. Opino que es un farol, como en el póquer.

—Pues comete un error, señor Bryce. Bart Nader es como esos marineros que, según cuentan, tienen un amor en cada puerto.

Tiene una especial predilección por el sexo débil y procura disponer de una buena compañera en todas las ciudades importantes donde pasa temporadas. Yo conozco el nombre de su amiguita en Londres y sé cómo localizarla.

Bryce y Brannan cambiaron una mirada.

—¿Cómo se llama esa mujer, señor Graham?

El joven denegó, sonriente.

—Todos los juegos deben tener una regla, superintendente. Yo suelto una prenda y ustedes otra, ¿vale?

Zachary Bryce atirantó los músculos faciales, y dijo, severo:

—Eso no es un juego, señor Graham. En Nueva York o Chicago puede que sea normal el que dos hombres disparen contra una muchedumbre de personas. Pero en Londres no estamos habituados y este caso es uno de los más importantes que hemos afrontado en los últimos años.

James Graham cabeceó, serio.

—Me hago cargo, señor Bryce. No obstante, quisiera algunas informaciones antes de exponer mi plan detalladamente.

—¿Qué tipo de información?

—Según tengo entendido, no se trata de un acto de terrorismo como todo el mundo cree.

—Así es.

—¿Qué ha pasado en realidad, señor Bryce?

El superintendente de Scotland Yard volvió a dirigir una mirada al inspector Brannan y éste procuró que su semblante permaneciera inexpresivo. Transcurrieron algunos segundos antes de que empezara a decir:

—Al parecer, unos individuos se han aprovechado de la actual situación en el Líbano, llevando a cabo un asalto en el que se apoderaron de un importante botín en joyas. De Beirut las pasaron a Tel Aviv y ahora las han introducido en Inglaterra, donde deben tener al comprador. Los miembros de esa banda son estadounidenses, sin lugar a dudas. El maldito medio que han utilizado para introducir las es típicamente de su país, señor Graham. Salvajismo y disparos a mansalva.

James no cambió la expresión del rostro.

—Tiene usted toda la razón, señor Bryce. Ahora que conozco a fondo el asunto, puedo garantizarles que daré con Bart Nader si me

dejan trabajar a mi modo.

—¿Cuál es su plan, señor Graham?

—Inventar un asesino.

—No lo entiendo.

—He pasado muchos años de mi vida en Estados Unidos rodeado de hampones, superintendente. Para mí no será difícil hacerme pasar por uno de ellos y llegar hasta Nader a través de su chica. Tiene que reconocer que ninguno de sus inspectores podría representar el papel como puedo hacerlo yo.

—¿Pretende que lo dejemos todo en sus manos, señor Graham?

—No, señor Bryce. Sólo quiero que estén enterados de lo que voy a hacer, y en caso de necesitarlo... me echen una mano. Ustedes pueden continuar trabajando en el caso como si yo no existiese.

Zachary Bryce paseó por el despacho meditando la proposición del detective norteamericano. Finalmente se detuvo frente a él y le escrutó el semblante:

—¿Cómo se llama esa mujer?

—Eva Godrigg.

—¿Y dónde puede encontrarla?

—Permítame que de momento me lo calle, señor Bryce. Sin embargo, puedo mantenerlos informados de todo cuanto vaya averiguando si aceptan mi plan.

Bryce miró a Brannan.

—¿Qué opina usted, inspector?

—No me parece mala la proposición, superintendente. Si alguien puede pasar por un asesino yanqui, nadie mejor que Jim Graham.

El detective le dedicó una sonrisa.

—Gracias por el concepto que tienes de mí, Jack.

—Te hago justicia, Jim.

El superintendente carraspeó, llamándoles la atención.

—Estoy al corriente de la forma de trabajar que tienen los detectives en su país —dijo a Graham—. Por regla general, no avisan a la policía hasta que no lleguen al final del caso. O lo que es peor, mueren llevándose a la tumba lo que han podido indagar.

—Yo no soy un detective vulgar.

—Eso espero, señor Graham.

El joven dio una cabezada afirmativa y sonrió:

—¿Quiere decir que acepta mi plan, señor Bryce?

—Tendremos que ultimar algunos detalles. Uno de ellos es que informe periódicamente al inspector Brannan. Si no cumple ese requisito lo quitaremos del caso y lo enviaremos a Estados Unidos.

—Cumpliré lo pactado, señor Bryce.

—Todavía hay más puntos que debemos dejar bien sentados.

—De acuerdo.

—En primer lugar...

En eso se puso a sonar un teléfono sobre la mesa del superintendente Zachary Bryce. Éste se adelantó a Brannan y alargando la mano lo cogió llevándoselo a la oreja.

—Bryce.

Escuchó unos segundos y apretando, rabioso, los labios, masculló:

—¡Naturalmente que me interesa saberlo, inspector Convay! — Tapando el auricular con la mano, dijo a Jack Brannan—: Esperen fuera, que seguiremos hablando en seguida.

Brannan movió la cabeza en sentido afirmativo y abandonó el despacho de su jefe haciendo salir a Graham delante de él. Una vez en el exterior se giró, lanzando una inquisitiva mirada al detective estadounidense.

—Hay algo en todo eso que me intriga, Jim.

—¿El qué?

—Me consta que no te has metido en el asunto por afán de echarnos una mano. Conozco tu tarifa habitual. ¿Por qué no eres buen chico y me dices el nombre de tu cliente?

James Graham rió abiertamente y palmeó suavemente la nuca de Brannan.

—Prometo que serás el primero en saberlo cuando todo acabe, Jack. Ahora tengo la obligación de guardar el secreto profesional.

CAPÍTULO III

Aquel *pub* ubicado en la Beak Street, en pleno corazón de Soho, no se diferenciaba gran cosa de los muchos distribuidos a lo largo y ancho de Londres. Tenues luces indirectas, música de fondo sudamericana, mujeres más o menos atractivas ofreciendo sus favores...

James llevaba casi una hora y media esperando.

Acodado en la barra, se dedicaba a pasear la mirada de vez en cuando por los escasos clientes asediados por las chicas. En principio tuvo necesidad de mostrarse brusco con ellas para que lo dejaran en paz.

Una de las veces que el barman pasó por su lado, pidió:

—Sírvame otro *whisky*.

El barman atrapó la botella que tenía tras el mostrador y volvió a escanciar licor en el vaso que James tenía delante. Esperó a que el joven bebiera un trago y deseoso de charla, comentó:

—Usted es australiano, ¿no?

Graham compuso una mueca de asombro.

—¿Cómo lo adivinó?

—Me basta con echar un vistazo a una persona para saber su procedencia, amigo. He rodado mucho por el mundo y eso me ha servido para adquirir experiencia.

James asintió un par de veces.

—Usted es un tío listo.

El barman hinchó el pecho, sonriendo.

—En realidad, la cosa no tiene mayor importancia. Sólo es cuestión de fijarse en las personas y en su manera de hablar. Se llega a conclusiones sorprendentes.

—Y que lo diga. ¿Todavía no ha visto entrar a Eva?

El hombre movió la cabeza en sentido negativo.

—Ya le dije que le avisaría en cuanto entrase. No se preocupe,

que no se me pasará.

—En eso confío. Mi amigo, el que me habló de ella, aseguró que es una mujer de bandera.

—Eso va a gustos —encogió los hombros el cretino—. Para mí, hay aquí otras chicas que valen bastante más que Eva Godrigg. Le podría recomendar a una...

James levantó la diestra.

—Quiero averiguar personalmente si mi amigo tenía; razón.

—Allá usted, pero... —El tipo se interrumpió, señalando hacia la entrada—. Ahí llega Eva, amigo.

James se giró, observando a la mujer que entraba en el local.

Se trataba de una pelirroja de busto bastante desarrollado y estrechas caderas. Sin ser una mujer guapa, poseía cierto encanto natural, a pesar del abundante maquillaje y la sofisticada indumentaria que llevaba puesta. El generoso escote en forma de uve ofrecía un cúmulo de sugerencias a todo el que la mirara.

Indolentemente tomó asiento en una mesa y levantó la mano, haciendo un leve ademán al *barman*.

Antes de que éste se moviera, inquirió James:

—¿Ha pedido su bebida favorita?

—Eso es, amigo. Usted también tiene...

—Dámela y la cargas a mi cuenta. Te ahorraré el trabajo de llevarla a la mesa.

El barman titubeó unos instantes, pero acabó yendo a preparar la bebida. No tardó en regresar con un vaso de burbujeante líquido incoloro, y lo dejó en el mostrador.

—Tónica y ginebra con la justa dosificación.

James cogió el *gin-tonic* en una mano y su *whisky* en la otra. Caminó hasta la mesa ocupada por la pelirroja y depositando la tónica con ginebra delante de ella, tomó asiento a su lado.

—Ya puedes poner el cartel de «ocupada», Eva.

Ella arqueó las cejas, y mientras James la observaba de cerca calculándole unos treinta años, preguntó:

—¿Nos conocemos?

—Como si nos hubiésemos criado juntos, Eva.

—Es raro —dijo la pelirroja—. Por regla general, soy buena fisonomista y, la verdad, es que tu cara no me dice nada.

—Mi cara no tiene el vicio de hablar, cariño. Normalmente lo

hago por la boca.

—¿Cómo te llamas?

—Jim Graham.

Eva Godrigg sacudió los pelirrojos cabellos.

—Puede parecerse raro, pero tampoco recuerdo tu nombre, chico. Tienes que perdonarme si...

James sonrió, interrumpiéndola:

—Es la primera vez que nos vemos, Eva.

Ella se quedó unos segundos dubitativa y después terminó emitiendo una suave risita.

—Eres un bromista, ¿no? Ya me parecía extraño que no pudiera recordar tu rostro. No es que seas un Rock Hudson, pero dudo que una mujer que pasa un rato agradable contigo llegue a olvidarlo.

—Eres un sol, nena.

Eva Godrigg cogió la bebida pegándole un buen trago. Dejando de nuevo el vaso sobre la mesa, abanicó las largas pestañas postizas preguntando, curiosa:

—¿Cómo sabes mi nombre, Jim?

—Me lo dijo un amigo común. Aseguré que si alguna vez me dejaba caer por Londres, ninguna mujer como Eva Godrigg para pasar una noche inolvidable. Acabo de llegar de por ahí y el cuerpo me pide movimiento. No he dudado en venir a verte.

Ella le dedicó una sonrisa.

—Eres un encanto, Jim. ¿Cómo se llama nuestro común amigo?

—Bart Nader.

Al pronunciar el nombre, James Graham estaba escrutando atentamente a Eva Godrigg y por eso observó que todo su sistema nervioso se alteraba visiblemente.

Permaneció en silencio unos segundos y luego, dueña ya de sus nervios, aseguró, tensa:

—No conozco a ningún Bart Nader.

James arrugó el ceño, extrañado, y comportándose con la mayor naturalidad, inquirió:

—¿Estás segura?

—Desde luego.

—A lo mejor es que ahora no lo recuerdas y...

Las pupilas de la pelirroja destellaron de cólera.

—¡He dicho que no lo conozco!

—¡Está bien, está bien! —concedió calmoso James—. Pero no hace falta soliviantarse por eso, ¿no? A fin de cuentas, a mí me importa un comino que lo conozcas o no, cariño. Yo lo que quiero es pasar unas horas bien acompañado.

Eva Godrigg se mantuvo silenciosa, súbitamente seria. James agregó, simulando sorpresa:

—De todas formas es bastante raro, ¿no?

—¿Qué es raro?

El joven chasqueó la lengua.

—No hace falta que te vuelvas agresiva, ¡caray! Y no grites otra vez porque a nadie le importa lo que estamos hablando, nena. Ya hay varias lagartas pendientes de nosotros.

Ella bajó el tono de voz, repitiendo la pregunta:

—Dime qué es raro.

—Que mi amigo Bart te conozca a ti y tú ni siquiera te acuerdes de él. Lo dices con tanta seguridad... A lo mejor es que lo conoces por otro nombre.

Eva silabeó, tensa:

—He dicho que no conozco a Bart Nader. Si piensas seguir insistiendo en lo mismo...

Hizo intención de levantarse, pero James alargó la mano por encima de la mesa y le aferró la muñeca izquierda. Mirándola fijamente a los ojos, le sonrió, frío:

—No has terminado la bebida, Eva.

—Se me ha quitado la sed de repente.

—Vuelve a sentarte y verás como la recuperas, cariño. No quiero que ésta sea la primera vez que una mujer me deja plantado.

James hablaba con helada entonación y la pelirroja se sintió impresionada, muy a pesar suyo. Aún dudó unos instantes, y después volvió a sentarse con un inusitado brillo en los ojos.

James dejó libre su muñeca y sonrió.

—Eso está mucho mejor, encanto.

—¿Qué es lo que pretendes de mí, Jim?

—Ya te lo he dicho, mi amor —exclamó, risueño, el joven—. Sólo divertirme un rato.

—Tienes una forma de mirar...

—No siempre es así. Puedo ser tan suave como un guante de terciopelo si me lo propongo. —Bebió un trago de *whisky*, y ante el

silencio de ella, añadió—: Lo comprobaremos más tarde, ¿vale?

Eva Godrigg había perdido las ganas de hablar, evidentemente. Se limitó a encoger los hombros.

—No puedo pasar toda la noche en tu compañía, Jim.

El joven emitió un suspiro.

—Me lo temía. Desde que he nombrado a mi amigo Bart, has dejado de hablar y comportarte con naturalidad. Me huelo que estás ocultándome algo y no me gusta nada, Eva.

—Eso no es cierto.

—Lo es, y tú lo sabes. Si llego a saber que te ibas a enfurecer por nombrar a Bart Nader...

Eva Godrigg lo atajó, haciendo un seco ademán:

—He dicho que son imaginaciones tuyas, Jim.

—Puede que esté equivocado —accedió el detective—. Pero si no fuera por el exceso de maquillaje que llevas, aseguraría que tus mejillas están pálidas, nena.

De improviso, quiso saber ella:

—¿De dónde vienes, Jim?

—De por ahí.

—¿Y cómo es tu amigo Bart Nader?

—No es un tipo vulgar.

—Eso es una evasiva, Jim.

James Graham rió bajito.

—Me agrada ver que te recuperas con facilidad, Eva. Ahora pareces absolutamente dueña de tus nervios. Has superado la primera sorpresa, ¿eh?

La pelirroja arqueó las cejas, mirándolo.

—¿A qué te refieres?

—¿No lo sabes?

—Ignoro lo que quieres dar a entender, Jim.

—Yo creo todo lo contrario.

—¿Por eso te estás quitando la máscara, Jim?

James la contempló unos instantes en silencio. Luego apuró el *whisky* y dijo, sin prisas:

—Hay veces en las que conviene cambiar de método, Eva. ¿Has decidido acordarte ya de Bart Nader?

Ella era una mujer totalmente autocontrolada.

—Me sigues hablando en chino, Jim. Primero te presentas como

un alegre libertino que sólo desea pasar un buen rato en compañía de una mujer. Luego sacas a colación a ese Bart Nader al que pretendes, a toda costa, que yo conozca... ¿Cuál será el siguiente tema, chico? Te advierto que me tienes desconcertada.

—¿Be veras?

Eva Godrigg bebió un poco de *gin-tonic*, eludiendo responder al joven detective.

Después de unos segundos, preguntó:

—¿Puedo ir a repasar mi maquillaje, Jim?

Graham encogió los hombros, displicente.

—No faltaba más.

La pelirroja se incorporó y antes de que se alejara de la mesa, llamó James:

—Eva...

—¿Sí?

—Piensas regresar junto a mí, ¿no?

Ella le dedicó una risita.

—Desde luego, amor.

James la vio alejarse con un suave contoneo de caderas y pensó que todo marchaba según lo previsto. En el lavabo de señoras habría un teléfono y no dudaba que Eva Godrigg lo iba a utilizar.

Llamó con un gesto al barman y pidió otro *whisky*.

Transcurrieron quince minutos, pero el joven siguió aguardando impasible. No tenía ninguna prisa, y la pelirroja podía tardar cuanto le viniera en gana.

Acabó el *whisky*, y levantándose, se encaminó a la barra. Ya habían pasado más de veinte minutos desde que Eva abandonó la mesa. El barman lo miró al verlo aproximarse y James notó que algo había cambiado en él. Estaba dominado por una extraña tensión.

Sonriéndole tranquilamente, indagó:

—¿Tiene otra salida el lavabo de señoras?

En eso sintió un duro contacto en el costado derecho.

—Nosotros se lo vamos a decir, Jim.

El detective se dio cuenta de que a cada lado se le había colocado un gorila.

CAPÍTULO IV

James vio que el barman se daba prisa en alejarse de su lado con las facciones intensamente pálidas.

Observó de soslayo a los dos fornidos sujetos que lo flanqueaban y dejó escapar una suave risita.

—¿Perteneceís a la oficina de información, muchachos?

El que estaba a su derecha, un individuo de ojos saltones y larga barba, apretó con más fuerza el duro objeto en el costado del detective y masculló, quedo:

—Lo sabrás cuando lleguemos al lavabo de caballeros, Jim. Si prefieres alborotar no me importará apretar el gatillo aquí mismo, ¿sabes? Casi lo deseo.

—Lo puedo leer en tus ojos, cachondo.

—Vamos, echa a andar y no hagas nada que pueda sobresaltarnos.

Antes de despegarse de la barra, objetó el joven:

—Estaba esperando a una dama, muchacho.

—Vete olvidando de ella.

—Se ha quitado de en medio después de pegar el telefonazo, ¿eh? Eso me pasa por fiarme de las pelirrojas.

—¿Caminas hacia los lavabos o te meto un plomo en el vientre aquí mismo, Jim?

Graham sonrió, sereno.

—Camino hacia los lavabos, hombre. Tengo un estómago a prueba de bombas, pero nunca he probado a digerir un plomo.

La mayoría de los clientes se habían percatado de que algo raro estaba sucediendo. No obstante, ninguno prestó la menor atención porque consideraron que era un asunto a dilucidar entre matones y a ellos nada se les había perdido.

Siguieron conversando y bebiendo, indiferentes, en tanto James era conducido a las dependencias interiores del local por los dos

fornidos sujetos.

Los servicios eran más amplios de lo que esperaba el joven.

En su interior había tres urinarios verticales situados en uno de los testers, dos grandes lavabos blancos con un espejo alargado sobre ellos en el lado opuesto y dos puertas en la pared del fondo.

Uno de los individuos se apresuró a cerrar, tan pronto hubieron penetrado los tres. El otro aferró a James de un brazo y lo obligó a girarse, empezando a decir:

—Conque eres amigo de...

James se giró a mucha más velocidad de la que esperaba el sujeto y no le dio tiempo a reaccionar.

Levantando el brazo como un meteoro le aplicó un golpe en la garganta con el canto de la mano y el fulano retrocedió, desorbitados los ojos y súbitamente amoratado el semblante.

James se desprecupó de él, y revolviéndose como un rayo se lanzó sobre el otro, a tiempo de atraparle el brazo y levantárselo, estrelládoselo en la pared.

El tipo forcejeó, intentando liberarse de James, pero éste levantó la rodilla clavándosela sin misericordia entre las piernas, haciéndole aullar de intenso dolor. Aprovechando la ventaja, repiqueteó el joven con ambos puños en la boca de su estómago.

Tuvo que dejarlo abandonado, regresando junto al otro.

Vio James que había dejado de masajearse el cuello y pretendía embestirle, inclinada la cabeza. Las intenciones de desriñonarlo no podían estar más claras.

Al verlo venir, saltó el detective en el aire y lanzó una coz, alcanzándolo en el centro del pecho.

El individuo cruzó los servicios, convertido en un obús, y fue a estrellarse contra una de las puertas del fondo, abriéndola de golpe. Un tipo que se encontraba dentro del pequeño rectángulo salió al galope de allí y pasó por delante de Graham con los pantalones a medio subir.

Abrió la puerta y se perdió.

James volvió a ocuparse del otro.

Se hallaba encogido en un rincón sujetándose el vientre con las dos manos y el joven detective se plantó junto a él en un par de zancadas. El individuo se incorporó a toda prisa cuando lo vio allí e intentó chillar despavorido.

Pero se lo impidió James, alcanzándolo con un demoledor zurdazo al hígado para terminarlo de arreglar. Tuvo que sentarle como un tiro, a juzgar por la forma en que crispó el rostro y por lo amarillo que llegó a ponerse.

Pero a pesar del mal trato recibido, le hizo una brusca reverencia a Graham.

Éste le aplicó un mazazo en la nuca entrelazando ambas manos, y el fulano se desplomó como una res apuntillada quedando completamente fuera de combate. De encontrarse presente un árbitro de boxeo, hubiera podido contar hasta trescientos y pico.

James se fue en busca del que se hallaba dentro del retrete y lo sacó de forma violenta, atrapándolo por el cuello de la cazadora. Le estrelló la espalda en los baldosines de la pared y resolló, colérico:

—¡Ahora vamos a charlar tú y yo, cerdo!

Pero el tipo se debatió frenético y consiguió sacudirse a James de encima, aplicándole un manotazo lateral en el rostro, que estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio.

El joven actuó entonces sin contemplaciones.

Comenzó conectándole un terrible derechazo en el pómulo, que lo arrojó contra el primer urinario y estuvo a punto de romperlo. El tipo sacudió la cabeza, despejando su visión, y cuando James esperaba que se lanzara otra vez al ataque, gateó, arañando el suelo, y desapareció a toda velocidad traspasando la puerta de salida.

Graham no hizo nada por impedir la fuga.

Jadeaba entrecortadamente.

Cuando consiguió acompasar el ritmo habitual de su respiración, se aproximó al desvanecido matón, y cogiéndolo por el cuello lo levantó, poniendo su nuca bajo uno de los grifos. Sujetándolo para que no cayera, abrió el agua fría y esperó.

El sujeto no tardó en reaccionar.

Sacudió la cabeza y sintiéndose férreamente atenazado por el brazo retorcido tras su cuerpo, masculló:

—¡Maldita sea! Así no puedo ver nada.

—De momento, sólo tienes que ver el lavabo y el agua que mana del grifo. ¿Cómo te llamas, muchacho?

Como tardara en responder, tiró James hacia arriba del brazo y se escuchó un crujido de huesos. El tipo gritó de dolor y,

sollozando, se apresuró a decir:

—Gardiner... Leo Gardiner.

—Muy bien, Leo. Ahora vas a decirme si os envió Bart Nader.

—No puedo...

—Yo creo que sí.

—Si lo hago me matarán, Graham.

—Y si no lo haces, te fracturo un brazo y luego el otro. ¿Tienes vocación de mártir, Leo?

Gardiner emitió un quejido y suplicó:

—Por favor, me duele mucho el brazo.

—Y te dolerá mucho más, idiota. ¿Vas a decirme la verdad y nada más que la verdad, o subo unos centímetros la muñeca?

—¡No!

—¿Que no vas a decirme la verdad o que no suba la muñeca?

El matón jadeó, apretando la mejilla contra el lavabo:

—Diré la verdad, Graham.

El joven aflojó un poco la presión que ejercía en el brazo retorcido de Gardiner, y dijo:

—La pregunta sigue en pie, Leo.

—¿Qué pregunta?

—No sigas haciéndote el imbécil o se acabarán las contemplaciones y te partiré el brazo. ¿Os envió Nader?

—No conozco a Nader.

—¿No, eh?

—¡Estoy diciendo la verdad, Graham!

Por la entonación desesperada de su voz, tuvo James la certidumbre de que Leo Gardiner no estaba mintiendo. No obstante, siguió inquiriendo duramente:

—¿Crees que voy a tragarme eso, Leo?

—Es la verdad —sollozó el fulano, llorando como un niño—. A nosotros nos llaman cuando hay que liquidar a alguien que estorba y nos limitamos a hacer el trabajo.

—¿Quién os llama, Leo?

—Si lo digo...

—Habla, o te juro que te rompo el brazo —silabeó el detective—. Si prefieres...

Como James hizo un amago de subir bruscamente el brazo a la espalda de Gardiner, informó rápido éste:

—Nos envía Lynn Warden.

—¿Quién es Lynn Warden, Leo?

—No sé exactamente a lo que se dedica, Graham... Nosotros le hacemos el trabajo que nos encarga y después vamos a cobrar. Eso es todo. Nunca nos hemos preocupado de averiguar más de Warden.

James Graham estuvo unos segundos pensativo.

Luego soltó a Leo y éste no realizó ningún movimiento de agresividad. Estaba demasiado mermado de facultades y sólo se preocupó de aliviar el dolor de su brazo, aplicándose suaves masajes.

Graham dijo, de pronto:

—Nos vamos a ver a Warden, Leo.

El sujeto respingó, sobresaltado:

—¿Está loco?

—Tengo que hacerle unas preguntas a tu jefe, muchacho. Supongo que este local tiene salida de emergencia, ¿eh?

—Lynn Warden nos matará a los dos, Graham.

El joven dejó escapar una risita.

—Puede que sí y puede que no. Lo sabremos después de haberlo visto, Leo. Vamos.

CAPÍTULO V

Las escasas personas que se movían por aquellas calles de Sobo, lo hacían con los cuellos de sus prendas de abrigo subidas. Caminaban a buen ritmo, deseosos de llegar lo antes posible al calor del hogar, aunque para algunos esa palabra apenas tuviese significado.

Leo Gardiner salió a la acera seguido de cerca por Graham. Éste miró a un lado y otro de la calle, preguntando:

—¿Dónde tienes el coche, Leo?

—Vaya a saber.

—¿Vamos a empezar de nuevo?

—Lo que quiero decir es que se lo habrá llevado Harry. Dejarme solo, el muy cerdo...

James chasqueó la lengua.

—Mal asunto, porque tampoco yo he traído vehículo.

—Podemos coger el autobús.

James le enseñó los dientes.

—Eres la mar de chistoso, Leo. ¿Está muy lejos la guarida de ese Warden?

—Como a unos veinte minutos de aquí.

—¿Veinte minutos andando o en coche?

—Andando.

—Pues echa a andar delante y procura no hacer tonterías si pasamos junto a un policía. Tengo tu pistola en el bolsillo y no me importará pegarte un tiro a ti, y otro al policía. Ya no me viene de un fiambre de más en mi larga lista.

Leo Gardiner no dijo nada y empezó a caminar.

Unos minutos después se hallaban en Regent Street y se dirigieron a Oxford dejando a sus espaldas Piccadilly Circus. James iba un paso más atrás que Gardiner, pero de forma que ningún agente de policía pudiese sospechar ninguna anormalidad, si se

cruzaban con él.

A pesar de la aparente docilidad de Gardiner, éste no le inspiraba la menor confianza y permanecía atento a todos sus movimientos en previsión de una sorpresa desagradable.

Y sin embargo, ésta se produjo.

Inesperadamente se revolvió el fornido individuo y logró sorprender a James, disparándole un derechazo que lo alcanzó de lleno en el mentón. El joven acusó el golpe y rodó por la acera.

Leo Gardiner dudó unos instantes entre aprovechar la ventaja obtenida o echar a correr. Finalmente pudo más el recuerdo de lo sucedido minutos antes y salió de estampida.

Graham se recuperó con prontitud, y saltando en pie corrió, persiguiéndole. La distancia que en principio los separaba se fue acortando paulatinamente hasta que llegaron a estar separados tan sólo por unos dos metros.

Entonces James se arrojó en zambullida y consiguió abrazar las piernas de Gardiner.

El matón se vino al suelo y de su boca salió un grito de espanto al verse atrapado. El joven no tuvo dificultad para cabalgar sobre su espalda sujetándole de nuevo el brazo y retorciéndoselo atrás. Tiró con fuerza hacia la nuca de Gardiner, jadeando:

—Tú y yo vamos a tener una cuestión personal, Leo.

El sujeto empezó a sollozar, suplicando:

—Por favor, Graham... El mismo brazo, no, hombre.

—Las lágrimas te afloran con demasiada facilidad, Leo. No me gustan los tipos de tu calaña, ¿sabes?

Gardiner siguió diciendo, implorante:

—Me quebrará el brazo, Graham.

En eso llegó hasta ellos una voz femenina que conminó, duramente:

—Deje en paz a ese pobre hombre, granuja.

James levantó la cabeza, sorprendido.

Junto a ellos vio a una hermosa chica de unos veinticinco años. Tenía el cabello rubio cortado en airosa melena. Bajo la gabardina color crema que vestía, se adivinaba una esbelta figura de exactas proporciones y redondeces adecuadas, en cada sitio que correspondía.

Admirando sus bien torneadas piernas, pensó James que una

chica como aquélla no tenía derecho a estropear su atractivo rostro crispándolo con dureza.

—¿Quiere soltarlo por las buenas o voy a tener que pedirselo de forma distinta?

James torció los labios en ácida mueca.

—Oiga, hermana...

—He dicho que lo suelte, granuja.

—Aquí el único granuja...

—Es usted —lo cortó secamente ella—. Cada vez ocurren con mayor frecuencia los atracos nocturnos. Pero en esta ocasión no se saldrá con la suya.

James soltó a Gardiner y se incorporó parsimoniosamente. Enfrentado a la chica, inspiró aire con fuerza.

—Le advierto que se está metiendo en un lío, hermana.

—Es usted el qué se está buscando el lío —acusó ella, tajante—. Puedo llamar a un policía y se lo llevaría detenido ahora mismo. Luego me arrepentiré de no haberlo hecho.

El detective rió irónico.

—¿Tengo que estarle agradecido por no hacerlo?

Leo Gardiner aprovechó la intervención de la muchacha y pegando un súbito empujón a James lo arrojó al suelo, emprendiendo nuevamente la huida a grandes saltos.

El joven imprecó una maldición y saltando en pie se dispuso a perseguirlo. Pero, de pronto, se sintió aferrado del brazo por unos dedos que parecían de acero.

Aulló de intenso dolor y, repentinamente, tuvo que saltar, dando una espectacular voltereta y así evitar una fractura múltiple de su brazo. Quedó sentado en la acera un poco aturdido.

La chica le advirtió, seca:

—No me obligue a utilizar mis conocimientos de judo con usted, o lamentará lo que haga.

James boqueó, viendo huir a Gardiner.

—¡Maldita sea! ¿No se da cuenta de que escapará?

—Es lógico que escape a toda prisa.

—¿Sí?

—El pobre está asustado y por eso huye.

James se puso en pie señalando, colérico, al fugitivo.

—El pobre es un miserable asesino a sueldo y se está escapando

gracias a su ayuda.

La chica frunció el entrecejo.

—¿Cómo dice?

—Ya lo ha escuchado, monada.

Ella balbució unas palabras, pero James no le prestó atención y se giró, dispuesto a salir en persecución de Gardiner.

Apretó, rabioso, los maxilares porque en aquel momento vio cómo se introducía en el interior de un coche y éste arrancaba velozmente, despegándose de la acera.

Pegando un furioso puñetazo al aire, farfulló:

—Ya lo ha conseguido, hermana. El inspector Brannan de la Brigada de Homicidios se llevará un alegrón cuando se entere de eso.

Ella lo miró, indecisa.

—¿Es usted de Scotland Yard?

James encogió los hombros, indiferente.

—Ya no pertenezco a ningún sitio gracias a su intervención. ¿Sabe que puedo acusarla de complicidad con dos asesinos?

—Yo...

—No pierda el tiempo pidiendo disculpas.

La muchacha movió la barbilla, señalando un descapotable color rojo estacionado frente a ellos.

—Podemos intentar darles alcance en mi coche.

El detective vio que el auto fugitivo acababa de doblar la esquina a lo lejos y pensó que aquel rápido descapotable podía muy bien darle alcance.

Echando a correr en dirección a él, gritó:

—¿A qué estamos esperando?

La muchacha tomó asiento tras el volante y demostró ser una competente conductora despegando el descapotable de la acera con habilidad y saliendo a todo gas de allí.

CAPÍTULO VI

Segundos después, dobló el descapotable rojo por la misma esquina que lo había hecho el sedán en el que escapaban los dos asesinos enviados por el tal Lynn Warden, según las informaciones sacadas al asustado Leo Gardiner.

Pudieron ver las rojas luces traseras del otro coche a considerable distancia delante de ellos. James imprecó una maldición entre dientes. Pero la chica dijo:

—Creo que puedo alcanzarlos.

—Vamos —animó el joven, no demasiado convencido—. Tiene que sacarle a este trasto todo lo que pueda dar.

—Ya lo hago.

Hubo un silencio.

La distancia que separaba a ambos coches se iba acortando, aunque muy lentamente.

La muchacha rompió el silencio, diciendo:

—Mi nombre es Sheila Murphy.

—¿Y a mí qué me importa? —masculló James, malhumorado—. Lo único que me interesa es echar el guante a esos tipos.

La chica crispó los labios con fuerza y guardó silencio nuevamente. La destemplada y grosera respuesta del joven atirantó sus facciones al mismo tiempo que sus pupilas fulguraban.

Durante un largo trecho se mantuvo silenciosa.

James Graham permaneció unos segundos pendiente de la distancia que los separaba del otro coche y de la extraordinaria pericia con que conducía Sheila Murphy.

Luego se giró, echando una ojeada al perfil adusto de la chica.

—Le ruego que me perdone, Sheila. La verdad es que tengo los nervios a flor de piel. —Hizo una pausa y acto seguido agregó—: Lamento haber contestado groseramente.

Sheila desvió la cabeza mirándolo un instante y terminó

esbozando una sonrisa.

—No se preocupe. En realidad tengo yo la culpa por meterme donde no debía.

—Mi nombre es Jim Graham, Sheila.

—Siento que tengamos que conocernos en estas circunstancias, Jim. Si intervine fue pensando que era usted un atracador. Últimamente se vienen cometiendo en Soho y sus alrededores muchos robos.

—¿Por eso aprendió judo, Sheila?

La muchacha volvió a sonreír y pensó James que su bonito rostro ganaba un cien por ciento en atractivo.

—Aprendí judo a los quince años, Jim. Pero hace algún tiempo que dejé de practicarlo.

—Sin embargo, no lo ha olvidado, ¿eh?

—Mi padre sentía verdadera pasión por las artes marciales y me lo metió en la cabeza. Por aquel entonces residíamos en Bangkok y él era contable de una compañía importadora de caucho. A su muerte regresé a Inglaterra y trabajo como secretaria en la misma compañía.

—¿Vive sola en Londres, Sheila?

Ella movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Tengo alquilado un apartamento en la calle Berwick.

Observando James que se encontraban en una amplia avenida por la que circulaban algunos vehículos, pidió:

—Preste atención a la circulación, Sheila.

—Descuide, Jim.

El descapotable rojo marchaba a buena velocidad y cada vez era menor la distancia que los separaba del auto perseguido. Éste parecía dirigirse a Green Park y James contrajo las mandíbulas. Si llegaban a Piccadilly, el tráfico sería más denso y los dos sujetos tendrían más posibilidades de escapar.

—¿No puede sacar más velocidad al coche, Sheila?

—Nos estamos jugando el físico, Jim. No obstante... El motor del pequeño descapotable rugió poderosamente, al pisar Sheila el pedal del gas.

Durante un buen trecho, su velocidad fue en aumento y la separación se empezó a acortar por segundos. Cuando James estuvo seguro de que acabarían alcanzándoles, se escuchó una sirena

policial detrás de ellos. La chica miró por el retrovisor.

—Nos sigue la policía, Jim.

—Me estoy dando cuenta.

—¿Qué debo hacer?

El detective meditó unos segundos.

—No les haga caso, Sheila.

Transcurridos unos instantes, sacudió ella la cabeza.

—Me hacen señas para que me detenga, Jim. Lo siento, pero tengo la obligación de obedecer.

El joven contempló los rojos pilotos del sedán donde huían Leo Gardiner y su compinche Harry Chaney. Levantó los hombros, resignado, y dio una brusca cabezada afirmativa.

El inspector Jack Brannan dejó escapar una hiriente risita.

—¿Qué has conseguido exactamente, Jim?

—De no haber sido por ese maldito coche policial que nos detuvo...

—Aparte de charlar con una mujer de dudosa reputación y pelear en los servicios de un establecimiento con dos matones, nada de nada, ¿no? Empiezo a pensar que tu plan...

James cortó a su amigo, haciendo un brusco ademán.

—Todo marchaba bien hasta que intervino Sheila Murphy. Ella lo hizo con buena intención, pero me machacó el asunto. —Calló unos instantes y en seguida añadió, malhumorado—: La aparición del coche patrulla acabó de estropearlo.

—Está bien —movió la cabeza el hombre de Scotland Yard—. ¿Qué piensas hacer ahora, Jim?

—Quiero que me des todo lo que tengas de un tal Lynn Warden. Brannan arrugó el ceño.

—¿Qué pinta Warden en el asunto, Jim?

—Fue quien envió a los matarifes cuando telefoneó Eva Godrigg. Quiero sacarle lo que sepa y ya te lo diré.

El inspector Brannan ladeó la cabeza.

—¿Por qué te habías callado lo de Warden?

—Vamos, Jack —masculló James, soltando un gruñido—. Sheila Murphy acaba de abandonar este despacho bajo tu paternal mirada. ¿Querías que te hablara de Warden delante de ella?

—No me digas que sospechas de esa chica, Jim.

El detective suspiró.

—No deseo involucrarla, Jack. Eso es todo.

—Ya.

—¿Vas a decirme lo que sepas de Lynn Warden?

—Un momento, Jim —solicitó, calmoso, Brannan—. Mi deber es consultar al superintendente. A lo mejor resulta que Bryce prefiere que nosotros visitemos a Warden.

—Bryce quiere un caso resuelto, Jack, no seas majadero. Se acordó que yo tendría plena autonomía.

Brannan se masajeó el mentón.

—No sé si debo...

—¡Claro que debes Jack! —exclamó impaciente Graham—. En infinidad de ocasiones te eché una mano, ¿no? Ahora sólo te pido información sobre Lynn Warden. ¿Es eso mucho pedir, diablos?

El hombre de Scotland Yard lo estuvo pensando.

—Está bien —dijo al fin—. Lynn Warden es propietario de un garito en Mayfair. Lo tenemos hace años en la lista negra, pero jamás hemos podido cogerlo contraviniendo la ley. Si consigues averiguar algo en su contra, Bryce, te colgará una medalla.

—Por lo pronto fue él quien envió a los gorilas. Posiblemente esté relacionado con Bart Nader, ya que se apresuró a mandarlos tan pronto lo llamó Eva.

—Eso no significa, necesariamente, que exista relación entre ellos. La mujer puede estar afiliada a la protección de Warden y se asustó cuando mencionaste a Nader.

James meneó la cabeza en sentido afirmativo.

—Es posible. Sin embargo, mi siguiente paso tiene que ser una visita a Warden.

Brannan lo miró fijamente.

—No busques demasiadas complicaciones, Jim.

El joven sonrió levemente.

—Descuida, Jack, sólo las necesarias.

—No me gustaría que mis hombres tuvieran que traerte con frecuencia ante mí.

—Lo tendré en cuenta. ¿Quieres apuntarme la dirección del garito de Warden?

Jack Brannan se inclinó sobre la mesa y mientras iba escribiendo en un papel, dijo a Graham:

—El garito se llama Club Ruislip, Jim. Y ten cuidado con el

físico porque Warden dispone de un buen plantel de matones. El los llama «mantenedores del orden», pero nos consta que son verdaderos criminales sin escrúpulos.

—¿Y todavía no habéis podido echarle el guante?

Brannan movió la cabeza de un lado a otro.

—Es un lince ese canalla de Warden.

James cogió el papel con la dirección escrita del garito de Warden que le tendía el inspector. Alargó la zurda y le palmeó suavemente la mejilla.

—Eres un chico extraordinario aunque tengas la desgracia de ser inglés, Jack.

Brannan le pegó un manotazo.

—Espero que luego no cambies de opinión, maldito yanqui.

Graham abandonó, riendo, el despacho del inspector de Scotland Yard y minutos después se encontraba en la calle. Apenas si había dado cuatro o cinco pasos por la acera, cuando descubrió a Sheila Murphy dentro de su descapotable.

La chica le estaba haciendo señas.

El joven se aproximó a ella, y tuteándola por primera vez, indagó:

—¿Me estabas esperando, Sheila?

James observó que el semblante femenino enrojecía levemente.

—Creo... que te debo una satisfacción, Jim.

Graham ladeó la cabeza mirándola a los ojos.

—¿De qué tipo?

—No seas mal pensado —le sonrió Sheila, un tanto turbada—. Puedo llevarte en mi coche al lugar que tengas que ir.

El detective denegó, moviendo la cabeza.

—Será mejor que lo dejemos por ahora, nena. De veras que me gustaría comprobar todo lo que puede dar de sí nuestra amistad. Pero estoy metido en un juego que puede resultar peligroso.

Ella lo envolvió en una cálida y extraña mirada.

—No tengo miedo, Jim.

—Una chica valiente, ¿eh? —Hizo una breve pausa y agregó—: Me había olvidado que eres una experta en judo.

—No te burles y sube —insistió Sheila—. Creo que el inspector Brannan está pendiente de nosotros desde la ventana de su despacho.

James comprobó que Sheila estaba en lo cierto y contorneó el descapotable subiendo a él por el otro lado.

—Aunque sólo sea por darle dentera...

Sheila rió alegremente y sacudió la airosa melena rubia.

—¿Adónde te llevo, Jim?

—De momento pon el coche en marcha.

Sheila Murphy puso en movimiento el vehículo y tan pronto hubieron doblado la primera esquina, dijo James:

—Ya puedes parar donde te vaya bien.

Ella se giró extrañada.

—He dicho que...

—Escucha, nena —la atajó Graham—. Tengo que ir a un sitio donde las llaves de judo no te servirían porque allí usan pistolas. Prometo visitarte cuando todo concluya, si me das tu dirección.

Sheila se mordió el labio permaneciendo unos segundos en silencio. En lugar de detener el coche volvió a decir:

—En las noches de Londres hace falta la compañía de una mujer para entrar en algunos lugares, Jim.

Graham meditó las palabras de la chica. Desde luego despertaría menos sospechas en el Club Ruislip si entraba en compañía de una mujer. Pensó en el riesgo que correría Sheila, y antes de que pudiera llegar a una conclusión, insistió ella:

—Por favor, Jim...

El joven acabó dando una brusca cabezada. Sacó el papel escrito por Brannan y lo mostró a Sheila.

—Muy bien. Vamos a esta dirección, pero luego no te quejes si sales malparada.

CAPÍTULO VII

Bajo la indiferente mirada del uniformado portero, penetraron Sheila y James en el Club Ruislip. La hora era propia para que el local se encontrase bastante animado y los dos jóvenes pudieron comprobar que así ocurría. La pista de baile, situada en el centro, se hallaba muy concurrida.

Un camarero les salió al encuentro.

—¿Han reservado mesa los señores?

James sacó un billete del bolsillo y se lo deslizó.

—Nos conformaremos con la que tenga. Por otra parte, tampoco deseamos llamar mucho la atención.

El tipo asintió, guardándose la propina con ligereza profesional y sonrió.

—Trataré de complacerlos.

Los condujo a través de la abigarrada sala hasta una mesita algo alejada de la pista de baile.

—Hoy es un día de mucho trabajo —se disculpó—. Si más tarde veo la posibilidad de cambiarlos...

—No se preocupe —lo interrumpió James—. Estaremos bien aquí. ¿Qué deseas tomar, Sheila?

—Un martini.

—Que sean dos —dijo James al camarero.

—Sí, señor.

Tan pronto se hubo alejado el camarero tomaron asiento ambos jóvenes y paseó James la mirada por el local.

—Parece un sitio elegante.

—Para mí estos lugares se asemejan mucho entre sí. Encuentro que el ambiente es muy sofisticado.

—Eso quiere decir que no te gusta, ¿eh?

—En efecto.

—Yo tengo la opinión que...

Bruscamente guardó silencio Graham.

Pegados a la barra se hallaban Leo Gardiner y Harry Chaney. Estaban acompañados de un fulano elegantemente vestido, cuyo rostro no podía ver el joven con claridad, debido a la penumbra reinante en el establecimiento. No obstante, pudo darse cuenta que tenían la vista puesta en él e intercambiaban algunas palabras.

Al interrumpirse James se giró, sorprendida, Sheila.

El detective puso la diestra sobre las manos de ella y procuró hablar con normalidad:

—No mires a ninguna parte, Sheila. Junto a la barra se encuentran mi amigo Leo Gardiner y su compinche. Están hablando de mí y deseo averiguar de qué se trata. Escucha bien lo que voy a decirte y hazlo sin rechistar.

—Oye, Jim...

—He dicho sin rechistar, ¡diablos! —la atajó el detective, haciendo un ademán—. Te vas a quedar en esta mesa por ahora. Yo voy a cambiar impresiones con esa gente y es posible que me hagan pasar al despacho de Warden. Si transcurren quince minutos sin que esté de regreso, te las arreglas para salir de aquí y telefoneas al inspector Jack Brannan de Scotland Yard. ¿Has comprendido?

Sheila dio una leve cabezada, susurrando:

—Tengo miedo, Jim.

—Ya te lo dije, nena. Ahora es tarde para volverse atrás.

—Mi... miedo es por ti, Jim.

—No te preocupes —le sonrió él, infundiéndole ánimos—. Como la mayoría de la gente, opino que la mejor defensa es un buen ataque. Y puedes estar segura de que el mío lo será en toda regla.

Acto seguido se inclinó, besándola fugazmente en los labios. Luego se incorporó y aplicando una suave palmadita en la mejilla femenina, se encaminó a la barra.

Leo Gardiner y Harry Chaney se envararon, visiblemente sorprendidos al verlo aproximarse a ellos. James advirtió que el individuo de elegante indumentaria se vio obligado a calmarlos con gestos enérgicos.

A medida que se acercaba, el detective observó que el hombre elegante tendría unos cuarenta y cinco años, gran corpulencia y rostro de facciones afiladas donde destacaban los oscuros ojos de penetrante mirada.

Un clásico duro.

James llegó tranquilamente junto al grupo y dedicó una leve sonrisa a Gardiner.

—Mucho tiempo sin vemos, ¿eh, Leo?

El aludido tragó saliva con dificultad.

—Se está buscando un lío, Graham.

—Puede ser, Leo, puede ser. ¿Vas a ser tan desconsiderado como para no presentarme a tu elegante acompañante? Lo digo porque al otro cerdo ya lo conozco.

Antes de que pudiera responder, Gardiner se adelantó al elegante sujeto, mirando heladamente al joven.

—Lo haré yo mismo, Graham.

—¡Vaya! —exclamó burlón el detective—. Veo que los dos gorilas ya le hablaron de mí.

—En efecto —asintió inexpresivo el otro—. Y tengo que decirle que ha cometido una tremenda equivocación viniendo a este local, Graham. Mi nombre es Lynn Warden y soy el propietario.

—Además de otras cosas, ¿eh, Warden?

El dueño del Club Ruislip entornó los párpados.

—¿Qué trata de insinuar, Graham?

James siguió riendo, burlón.

—¿De verdad quiere que se las diga en público, Warden? Le consta que no son aptas para menores. La verdad es que hubiera preferido la intimidad de su despacho.

Lynn Warden miró un tanto sorprendido al joven.

—No me diga que se atreve a venir conmigo a mi despacho particular, Graham.

—Se lo digo.

—No puedo creerlo.

James compuso una mueca.

—Si vamos los tres, ¿por qué no había de hacerlo, Warden? Supongo que allí tendríamos mayor libertad para cambiar impresiones. Aquí hay demasiada gente.

Warden estuvo unos instantes pensativo y, finalmente, accedió:

—De acuerdo, Graham. Iremos a mi despacho.

—Vayan delante, mostrándome el camino para que no pueda perderme, Warden. A veces me despisto.

La serenidad de que hacía gala el joven llegaba a desconcertar

un poco al dueño del Club Ruislip. Sentía un extraño desasosiego que no podía explicarse satisfactoriamente, puesto que todas las cartas estaban en sus manos.

Algo raro había en el ambiente.

De todas formas se dirigió a un pasillo de paredes acolchadas camuflado tras un cortinaje de terciopelo rojo. Era la entrada a las dependencias privadas del local.

Los asombrados Gardiner y Chaney caminaban recelosos entre su jefe y James.

Llegaron ante una puerta de regia madera labrada y la abrió Warden introduciendo un llavín en la cerradura. Por el hueco observó James que se trataba de un amplio y confortable despacho.

Warden entró en primer lugar.

Cuando los dos gorilas se encontraban bajo el dintel fueron empujados de forma violenta por el detective. Ambos rodaron por la moqueta de la estancia, cogidos por sorpresa.

Lynn Warden imprecó una maldición y se revolvió dispuesto a intervenir.

Pero ya empuñaba James la pistola del propio Gardiner que aún conservaba y saltando hacia adelante aferró de un brazo al dueño del Club Ruislip metiéndole el cañón detrás de la oreja.

—Ahora hablaremos..., pero a mi manera, Warden.

El elegante individuo se puso lívido.

—¿Se ha vuelto loco, Graham?

—No, Warden —le mostró los dientes el joven—. Lo que pasa es que me gusta sujetar la sartén por el mango. Empieza por ordenar a tus gorilas que se queden sentados en el suelo con la espalda apoyada en la pared y las manos en alto.

Lynn Warden se pasó la lengua por los labios, súbitamente resecos, y acabó ordenando a sus hombres:

—Ya lo habéis escuchado, imbéciles. En cuanto a ti, Graham...

James apretó el cañón tras la oreja hasta hacerle daño.

—No hables más de la cuenta, Warden.

—¿Eres de Scotland Yard?

El detective soltó una breve carcajada.

—Ése fue un buen chiste, Warden. Cualquier organización policíaca del mundo sacrificaría gustosa a varios de sus agentes con tal de echarme el guante, y tú me sales con ésas.

Lynn Warden arrugó el entrecejo.

—Entonces, ¿no eres de la policía, Graham?

James le aplicó un brusco empujón, enviándolo contra la panorámica mesa del despacho.

—Las preguntas las hago yo, Warden —masculló, hosco—. Empieza a meterte eso en la cabeza.

Warden logró a duras penas conservar el equilibrio y cuando lo hubo conseguido miró al joven, ofreciendo:

—Podemos llegar a un entendimiento, Graham.

—No me hagas reír.

—Supuse que eras un maldito policía y...

Se interrumpió, tragando saliva, porque James había levantado la pistola apuntándole recto a la frente.

—Otra mentira y te vuelo los sesos, Warden —advirtió frío el joven—. Me enviaste a los dos asesinos de pacotilla porque mencioné el nombre de Bart Nader. En ningún momento has pensado que fuera policía. Por mi aspecto se huele que no lo soy.

Warden buscó una salida en su mente. Cuando se le ocurrió, bisbiseó, pálido el semblante:

—No te había visto antes, Graham. Eva llamó y pensé que eras... bueno, ya te lo he dicho.

James torció los labios en mueca feroz.

—Quieres ganarte el plumazo, ¿eh, Warden? Sigue mintiendo y serás otro cadáver en mi lista.

El dueño del garito observó que el dedo del joven comenzaba a crisparse sobre el gatillo y suplicó, aterrado:

—¡No dispaes, Graham!

—Entonces empieza por decirme el paradero de Bart Nader.

CAPÍTULO VIII

Lynn Warden tardó un poco en contestar.

—¿Eres amigo de Bart?

—Uña y carne.

—Podías haber empezado por decir eso, Graham.

—No te importa en absoluto, Warden. El asunto que debo dilucidar con Bart es cuestión nuestra.

El propietario del Club Ruislip comenzó a sentirse más tranquilo en relación a Graham. Desde luego no parecía un policía por su aspecto y manera de actuar.

Aquello lo tranquilizaba.

—¿A qué estás esperando, Warden? —apremió James—. Quiero entrar en contacto con Bart lo antes posible.

—Tendría que llamar por teléfono, Graham.

—Dime el número y llamaré yo. Aún no había cumplido los doce años y ya desconfiaba de los tipos como tú.

Leo Gardiner se empezó a cansar de la postura y no pudo seguir manteniendo los brazos en alto. Poco a poco los fue bajando y, de pronto, se giró veloz James, aplicándole un patadón en el costado.

Gardiner aulló de dolor y dijo el detective:

—Te cuesta trabajo portarte bien, ¿eh, Leo?

Por su parte, Harry Chaney trató de rozar el techo del despacho, a pesar de la gran distancia que lo separaba de él y del agotador esfuerzo que tenía que hacer para mantener los brazos en alto.

James se encaminó al teléfono, descolgándolo.

—Dicta el número, Warden.

—No te responderá nadie, Graham.

El detective arrugó el ceño.

—¿Piensas darme un número cambiado?

—No hablarán contigo —insistió Lynn Warden—. Si no reconocen mi voz, se callarán.

El joven observó que el aparato era de los que tenían un supletorio para que pudiera escuchar una tercera persona, en caso de necesidad. Sonriendo, inquirió:

—¿Te importa que escuche yo, Warden?

—No.

—Está bien —cabeceó el joven, depositando el auricular sobre la mesa del despacho—. Sólo quiero que hagas venir a Bart Nader a tu local, Warden. La manera de conseguirlo es cosa tuya. Pero te advierto que estaré pendiente de lo que hables y si me huelo algo extraño no hace falta que te diga lo que pasará, ¿eh?

Lynn Warden emitió un gruñido.

—Será difícil que venga Nader.

—Vamos a intentarlo, Warden. Y no olvides lo que he dicho.

—No tengo ganas de recibir un balazo.

—Así sea... Puedes venir a sentarte tras la mesa y te será más cómodo llamar.

Al escuchar las palabras del joven hubo un destello fugaz en las pupilas del dueño del Club Ruislip. Su mirada se animó, aunque procuró que pasara desapercibido para James. Al tomar asiento tras la mesa, deslizó la suela del zapato hasta un botón situado junto a una de las patas y lo oprimió.

El detective no pareció advertirlo.

Lynn Warden fue marcando un número y James permaneció atento, memorizándolo.

Al otro lado de la línea sonó el zumbido de llamada, hasta cuatro veces. Finalmente alguien descolgó el auricular y James escuchó que una voz grave inquiría:

—¿Qué pasa?

—Soy Lynn Warden.

El hombre que había respondido al teléfono respondió, de mal humor:

—¿Crees que todos dormimos de día como tú, infiernos?

—Necesito ver a Bart lo antes posible. Y tiene que ser aquí, en mi despacho.

Hubo un corto silencio al otro lado.

James no podía saber que Lynn Warden acababa de dar la señal de alarma. Tenía acordado con Bart Nader que bajo ningún pretexto se verían en el Club Ruislip. Decir que viniese a verlo, significaba

que algo marchaba mal y necesitaba ayuda urgente.

Finalmente dijeron al otro extremo de la línea:

—Hablaré con él y le comunicaré tu deseo, Warden.

James hizo una imperiosa indicación al dueño del garito, y comprendiéndolo, preguntó éste:

—¿Puedo hablar con Bart ahora?

El detective escuchó una suave risita.

—Imposible. Sin embargo, Bart irá a verte lo antes posible. No debes preocuparte, Warden.

La comunicación se cortó.

Lynn Warden se quedó sentado manteniendo el auricular en alto. Sentado en el borde de la mesa, alargó la zurda James y arrebatárselo, lo ahorquilló.

Luego se puso en pie y movió la pistola.

—Muy bien, Warden. Ahora quiero que seas buen chico y te echas boca abajo en el suelo.

Lynn Warden boqueó asombrado.

—¿Cómo dices?

La mano derecha de James salió disparada como un rayo y la pistola se estrelló en un lado del rostro de Warden. Éste se vino abajo, imprecando un gemido de dolor.

Sangrando por una brecha abierta detrás de la oreja, miró desde la moqueta al joven. En sus pupilas había un odio intenso, mezclado con una buena dosis de perplejidad.

—¿A qué viene esto, Graham?

—Cuando pises un botón del suelo solicitando que vengan tus gorilas pídemelo permiso. ¿Me explico, Warden? Te olvidaste de hacerlo.

Lynn Warden se mordió el labio inferior y preguntó el joven:

—¿Por qué lugar entrarán para echarme una mano, Warden? Si estás pensando en ganar tiempo titubeando...

—Entrarán por la puerta.

—Sin molestarse en llamar, ¿eh?

—Tienen una llave para estos casos.

James asintió, dando una cabezada.

—Perfecto, Warden. Ahora quédate en el suelo para que no te alcance una bala perdida en el follón que se armará. En cuanto a vosotros dos, os vais a convertir en estatuas, ¿eh, Leo?

Gardiner dijo que sí con la cabeza.

El detective ordenó a Warden:

—Ve hablando sin parar hasta que te avise, Warden.

—¿Hablando?

—Claro, hombre. Tus gorilas tienen que creer que seguimos discutiendo nuestros asuntillos.

Dicho esto, caminó James hacia la puerta de entrada adosándose a uno de los lados de forma que al abrirse la hoja lo ocultara. Desde allí hizo una muda indicación a Warden, que comenzó a decir:

—No estoy de acuerdo con eso, Graham. Si has creído que puedes imponerme tus condiciones...

Mientras Warden iba hablando, James observó que el pomo de la puerta comenzaba a girar. El dueño del Club Ruislip siguió diciendo, crispadas las mandíbulas:

—... Y eso es lo que hay, Graham. Puedes comprender que no estoy dispuesto a...

La hoja de madera se abrió violentamente.

Un sujeto penetró como un ciclón en el despacho y se quedó estupefacto mirando a su alrededor.

Cuando quiso darse cuenta de lo que ocurría ya lo había golpeado James con la pistola. El sujeto cayó de bruces exhalando un gemido, alcanzado contundentemente en la base del cuello.

James vio que de su mano caía una pistola provista de silenciador.

Y se dio prisa en saltar hacia atrás, justo en el instante en que sonaba un ahogado taponazo.

En el pasillo se encontraba otro sujeto y el balazo que surgió de su arma astilló la hoja de madera a escasos centímetros del lugar que ocupaba el joven.

Encañonando a Warden, ordenó:

—Aconseja a tus chicos que entren con las manos en alto, Warden. Desde aquí no fallaré el blanco que ofrece tu cabeza.

Se estableció un silencio y Warden se pasó la punta de la lengua por los labios resecos. Su mirada permanecía como fascinada, contemplando el hueco de entrada.

No podía ver a nadie al otro lado.

Chasqueando la lengua, James comentó:

—Tienes pasta de héroe, ¿verdad, Warden?

El propietario del garito salió de su abstracción y ordenó secamente a los que estaban en el pasillo:

—¡Haced lo que dice Graham, idiotas!

En eso se dejó oír una voz procedente del pasillo:

—Ese fulano se guardará mucho de disparar contra usted, jefe.

James posó una gélida mirada en Warden y éste jadeó:

—¡Maldito seas mil veces, Sidney! ¿Quién te crees que eres, para tomar decisiones?

—Tenemos aquí a la pájara de ese tipo, jefe. Si se atreve a disparar contra usted, la convertiremos en picadillo.

—¿Y eso me ayudará a mí, imbécil?

Graham atirantó los músculos del rostro y escuchó que el llamado Sidney continuaba diciendo:

—¿Lo has escuchado bien, Graham? Tu chica pagará los platos rotos, si haces el tonto. Conque sal de ahí tocando el techo con la punta de los dedos y todo irá bien.

James no sabía si el hombre de Warden estaba diciendo la verdad.

Pero la voz de Sheila lo sacó de dudas, al preguntan.

—¿Te encuentras bien, Jim?

CAPÍTULO IX

Crispados los maxilares, masculló James:

—Supuse que te habrías largado ya, nena.

—No me dejaron hacerlo, Jim —se disculpó ella, desde el pasillo—. Dos hombres me lo impidieron.

—Pues me has metido bien la pata, chica.

—Lo siento, Jim. Nunca debí...

—¡Basta de charla! —cortó la voz vibrante de Sidney—. ¿Vas a salir con las manos en alto o no, Graham?

—Tengo que pensarlo, Sidney.

—¿Qué dices? Ya has escuchado a tu chica, hombre. Será ella la que sufrirá las consecuencias de tu terquedad.

James emitió una fría risita.

—¿Te has olvidado de tu jefe, Sidney? Puede que acabes con mi amiga, pero Warden no lo contará. Lo tengo enfocado con la pistola y le partiré en dos la cabeza.

Se hizo un grave silencio y segundos después lo rompió el joven, comentando en tono sarcástico:

—Una situación difícil de resolver, ¿eh, Sidney?

—No puedo creer que la dejes morir, Graham.

—Lo mismo te digo de tu jefe, Sidney.

Desde el suelo, barbotó Lynn Warden:

—Cuando te atrape, me haré una alfombra con tu piel, Sidney. Estás pensando en el favor que te haría Graham disparando, ¿no? De esa forma te lo quedarías todo.

—No sea gilipuertas, jefe.

El rostro de Warden enrojeció de ira.

—¡Sidney...!

—Oiga, jefe, yo... ¡ay...!

Fuera se escuchó un chasquido y un fulano apareció en el despacho, cruzándolo, convertido en un borrón. Frenó su galope al

chocar contra la mesa y quedó sentado en el suelo sin saber exactamente lo que le había ocurrido.

Sheila gritó desde el pasillo:

—¡Duro con ellos, Jim!

El joven tardó unos segundos en reaccionar.

Hasta él llegó el ruido inconfundible que producían dos personas debatiéndose.

Sin pensarlo, saltó hacia el hueco de entrada y comprobó que no se equivocaba. Sheila estaba forcejeando con un grandullón, sin lograr aplicarle una llave de judo como al otro.

Levantando la pistola, dijo:

—Hazte a un lado, Sheila.

Pero el individuo anduvo más rápido y soltando a la chica se revolvió, dispuesto a disparar sobre James.

El joven apretó el gatillo y una detonación crepitó, ensordecedora.

Sheila se hizo a un lado y contempló cómo giraba el individuo sobre sí mismo, describiendo una vuelta completa antes de derrumbarse. La bala de Graham le había penetrado por el hombro izquierdo, destrozándole la clavícula.

Una herida que no era mortal, pero que dejó fuera de combate al gorila de Warden.

Harry Chaney quiso aprovechar la confusión para gatear, escapando del despacho y lo retuvo James pegándole con el canto de la mano en el cuello.

El sujeto al que había aplicado Sheila la llave de judo se estaba poniendo en pie sin sacudirse del todo el aturdimiento. No obstante, continuaba sosteniendo la pistola y pensó Graham que representaba un peligro para la comunidad.

En dos zancadas se colocó a su lado y le metió la zurda en el hígado. Al inclinarse contagiado de una súbita hepatitis, lo cazó James con un terrorífico gancho que lo arrojó sobre el inmóvil Lynn Warden.

El dueño del garito atrapó por el cuello al desmadejado sujeto.

—Ya te tengo, Sidney.

James giró en torno sin encontrar a ningún enemigo en condiciones de seguir la pelea. El sujeto del balazo en el hombro se hallaba apoyado en un mueble con la otra mano sobre la herida y el

semblante contraído de dolor.

Leo Gardiner era una estatua.

El joven hizo una indicación a la chica.

—Vigila el pasillo por si se acerca alguien, Sheila.

—Sí, Jim.

Acto seguido se dirigió James a Leo Gardiner:

—¡Eh, Leo, deja ya de hacer el faquir!

—Graham, usted dijo que...

—Olvida lo que dije, Leo —lo atajó el joven—. Ahora me conviene que hagas tiras una de las cortinas y ates bien a todos tus compañeros. ¿Has entendido?

Leo se incorporó, frotándose los doloridos brazos.

—Sí, Graham.

—Pues date prisa.

Leo Gardiner obedeció las instrucciones de James y tres minutos después, todos los malhechores del Club Ruislip se encontraban convenientemente ligados. El propio James ató a Gardiner y taponó la herida del fulano apoyado en el mueble, con un pañuelo.

Todo se había hecho con rapidez.

James cogió de un brazo a Sheila y se la llevó hacia el pasillo.

—Vámonos de aquí lo antes posible.

Cuando llegaron al salón del local vieron que estaba desierto. O los clientes se habían largado al escuchar la pelea para no meterse en problemas, o los matones de Warden se encargaron de limpiar el negocio de testigos antes de entrar en las dependencias privadas.

El caso era que sólo el barman se hallaba en su sitio, detrás de la barra. Al ver aparecer a la pareja levantó un vaso de *whisky* del que estaba bebiendo, en mudo brindis.

James fue a su lado.

—¿Puedes pasarte veinte minutos sin ver a tu jefe o tengo que atarte a una columna?

El barman compuso una mueca de borracho.

—Puedo pasarme hasta varios días sin ver a mi jefe, australiano.

—Buen chico. Vamos, Sheila.

Una vez llegaron al exterior del local, comprobaron que la calle aparecía completamente desierta. Igual que los camareros, también el portero había desaparecido. James pensó que Sidney les debió dar la noche libre antes de entrar en ayuda de Warden.

Era una explicación lógica y justificaba, en parte, los minutos que tardaron en acudir los gorilas de Warden.

Sheila preguntó, animadamente:

—¿Qué hacemos ahora, Jim?

El joven respingó, girándose, y plasmó una expresión adusta en el rostro, mascullando:

—¿Cómo que qué hacemos...? Vas a subir a tu bólide y te largarás a toda pastilla de este sitio. No quiero verte metida en nuevas complicaciones, ¿me has entendido?

—Pero, Jim...

—¡Ni pero, ni narices!

Ella se mordió el labio, guardando silencio unos instantes. Después, ladeó la cabeza, mirándolo atentamente.

—¿Hubieras permitido que Sidney disparase contra mí, Jim?

—Desde luego que no.

—Por el tono de tu voz...

—Deja eso ahora, ¿quieres? —la atajó, brusco, Graham—. Algo tenía que decir para ganar tiempo mientras pensaba en la manera de salir del atolladero.

Sheila recordó, blandamente:

—Yo te facilité la salida. Jim.

El joven cabeceó emitiendo un gruñido.

—De acuerdo, tú me echaste una mano, lo reconozco. Eres una maestra en judo y una mujer despampanante. Pero eso no modificará nada lo que tengo decidido.

A continuación extendió James el brazo, señalando el descapotable y agregó tajante:

—Largo de aquí, encanto.

—No puedes echarme...

El joven apretó los maxilares.

—He dicho que te largues, Sheila. Podemos vernos, cuando todo se acabe, si lo deseas.

Ella endureció el semblante, envolviéndolo en una extraña mirada.

—No se trata de que yo lo desee, Jim.

Hubo un pequeño silencio y Graham alargó el brazo, abarcándole la cintura. Tiró de ella, despacio, hasta que sus cuerpos quedaron adheridos el uno al otro. Entonces se inclinó, aplastando

la boca en los jugosos labios femeninos.

Fue un beso breve, pero intenso, lleno de calor...

Cuando se separaron, prometió James:

—Nos veremos tan pronto acabe, Sheila.

Ella levantó la mano y le rozó la barbilla con el dorso de los dedos en gesto cariñoso.

—Cuídate, Jim.

—Descuida. Llevo treinta años haciéndolo, cariño. Con dos meses va me ponía a berrear como un energúmeno si no me daban el correspondiente biberón, cada tres horas exactas.

Segundos después la acompañó James al descapotable y esperó junto al bordillo hasta que lo vio doblar por la siguiente esquina. Se tocó los labios con la yema de los dedos y pensó que Sheila Murphy reunía todas las virtudes que siempre había exigido a una mujer para convertirla en su compañera inseparable.

Echó una ojeada al reloj, calculando el tiempo que había transcurrido desde que Warden hiciera la llamada a la guarida de Bart Nader.

Apenas lo hubo hecho, vio que unos faros barrían uno de los extremos de la calle. Se puso en cuclillas y aguardó, hasta comprobar que el auto se detenía frente al garito.

Entonces se enderezó y aproximándose a él, recriminó al sujeto que se acodaba en la ventanilla de aquel lado:

—Habéis tardado mucho, ¡diablos!

El individuo, un rubio con facciones de boxeador, inquirió, ceñudo:

—¿Trabajas para Warden?

—Claro.

—Y no sabéis resolver un problema vosotros solos, ¿eh?

—Se trata de algo grave.

—¿Qué clase de problema es?

James sacó una pistola provista de silenciador y le metió el tubo en el cuello.

—Uno parecido al que tenéis ahora vosotros dos.

CAPÍTULO X

Sentado en el asiento trasero, ordenó James:

—¡Ya puedes arrancar, tú!

El conductor, un tipo de grueso cuello y enorme cabeza, chasqueó la lengua.

—¿Hasta dónde crees que llegarás?

—Por ahora, me conformo con ver a Bart Nader. ¿Por qué no vino con vosotros?

El fulano de grueso cuello se burló:

—Un cerebro necesita descanso. Bart posee una mente privilegiada y necesita descansar.

—Ya —tras una breve pausa, apoyó James el tubo silenciador en la nuca del rubio sentado junto al chófer—. ¿Te decides a poner en marcha el coche o prefieres que le vuele los sesos a tu amigo el rubiales?

—Arranca y no seas idiota, George —barbotó el rubio—. Este tipo tiene por ahora todos los triunfos.

Una vez se puso en marcha el vehículo, dijo James:

—Conduce sin prisas, George. Sería desagradable que un policía metiera las narices en nuestros asuntos.

—¿Adónde vamos?

—A ver a Bart, naturalmente —exclamó Graham, jocosamente—. Te dejo elegir el itinerario, George.

—Ni lo sueñes.

Graham compuso una mueca apenada.

—No digas eso, George.

—Si supones...

El joven movió la mano vertiginosamente y el chófer recibió un golpetazo en lo alto del cráneo. Imprecó una maldición y el coche fue de un lado a otro de la calle al sentir que se le nublaba la visión, unos instantes.

Cuando pudo adueñarse de él, emitió un gruñido.

—¿Estás chiflado o qué?

—Sigue conduciendo hacia la guarida de Bart, George. Se llevará una tremenda alegría cuando me vea.

Hubo un corto silencio e intervino el rubio, preguntando:

—¿Eres amigo de Bart?

—Somos colegas, rubio.

—Eso no quiere decir que...

—Los dos nos dedicamos a las mismas actividades. Asaltamos Bancos en cualquier parte del mundo, eliminamos al que nos estorba... Creo que la policía nos llama criminales. Pero a nosotros no nos importa y seguimos en lo nuestro, ¿sabes?

—¿Desde cuándo conoces a Bart?

—Éramos dos mocosos.

—¿Cuál es tu nombre?

James dejó escapar una risita.

—¿Estás haciendo prácticas para fiscal, rubio? Vuestra identificación primero.

—Está bien —asintió el rubio—. El que conduce es George Whitman y yo soy Roger Kirkland.

—Perfecto. Roger. Mi nombre es Jim Graham. Ahora no hagamos esperar a Bart, ¿eh?

El rubio titubeó.

—No estoy seguro de que seas amigo de Bart, Graham. Necesitamos un argumento más convincente para llevarte a su presencia.

—¿Como éste, por ejemplo?

Sin pensarlo dos veces apretó James el disparador, atravesando la mano de Roger Kirkland de un balazo. El cristal de la ventanilla estalló en diminutas partículas y el rubio aulló de dolor.

Bart Nader abandonó el dormitorio vistiendo sólo un pijama y caminó unos pasos por el salón donde se hallaban Roger Kirkland, George Whitman y James Graham. En su rostro de facciones angulosas había una expresión furiosa.

James Graham estaba sentado tras una mesa y daba la impresión de tener las manos ligadas sobre el regazo. El tablero las ocultaba a la mirada de Nader.

Derechos, lo flanqueaban Roger y George ligeramente

adelantados. Daba la impresión de que el joven era prisionero de ellos. El rubio mantenía la mano derecha dentro del bolsillo de su chaquetón de piel, con gesto natural.

Bart Nader miró a Graham unos segundos y a continuación posó los ojos en sus hombres.

—¿Qué ha pasado con Warden?

El rubio Roger se encargó de responder:

—Este tipo le estaba dando la lata y lo hemos tenido que traer, Bart.

—¿Quién es?

—Jim Graham. Y asegura que te conoce.

Nader volvió a mirar a James y antes de que despegara los labios, dijo éste:

—No es eso lo que digo, Bart. He informado a tus dos angelitos que tú y yo somos colegas.

—¿Sí?

—Nos dedicamos a la misma cosa, Bart. Aquí donde me ves, también soy un pájaro de altura, como tú. —No me digas.

—Por cierto, Bart —siguió sonriendo bajito James—. El trabajo llevado a cabo en Heathrow fue un poco chabacano. No voy a discutir su efectividad...

Bart Nader lo cortó, haciendo un ademán:

—Si eres de Scotland Yard, no me lo vas a decir, ¿verdad, Graham?

El detective rió alegremente.

—Le tengo a la policía el mismo afecto que tú, Bart. El mejor de ellos colgado de las tripas.

—Pertenece a nuestro gremio, ¿eh?

—En efecto, Bart.

Nader entornó los ojos, escrutando el rostro del detective.

—¿Y qué estás buscando, Graham?

—Una parte del botín.

—¿A qué botín te refieres, Graham?

El joven rió sardónico.

—Vamos, Bart. Sabemos lo que pasó en Beirut, hombre. No vais a ser menos ricos por ceder una pequeña parte.

La piel oscura del rostro de Nader se volvió blancuzca y sus pupilas fulguraron. Permaneció unos segundos silencioso y se

aproximó un poco más al joven.

—¿De dónde has sacado eso, Graham?

—No creerás que te lo voy a decir, ¿eh?

—Dispongo de medios para obligarte a soltar la lengua, Graham. Será mejor que seas inteligente y...

—Un momento, Bart —lo cortó, sereno, Graham—. No pensarás que me dejé cazar por tus dos angelitos sin asegurarme antes el porvenir, ¿eh? Piensa un poco en eso.

Bart Nader crispó los maxilares.

—Eso es una balandronada, Graham.

—Es sencillo comprobarlo, Bart. Sólo tienes que retenerme un par de horas aquí, y quedará claro.

Nader levantó la mirada al rubio.

—¿Qué opinas tú, Roger?

Kirkland se pasó la punta de la lengua por el labio inferior.

—Creo que este fulano no miente, Bart.

—¿George?

—Digo lo mismo que Roger. Bart. Apenas si nos dio trabajo cazarlo y eso es significativo.

El jefe de los dos pistoleros dio una cabezada.

—Comprendo.

Luego se enfrentó nuevamente al detective.

—¿Cuál es tu juego, exactamente, Graham?

—Ya te lo he dicho, Bart. Me conformo con una pequeña parte de lo robado en el Líbano. Pongamos por ejemplo... Cien mil libras.

Tanto Bart Nader como sus dos pistoleros soltaron un respingo. Finalmente, el jefe pudo reaccionar.

—¿Estás bromeando, Graham?

—Nunca bromeo cuando se trata de dinero, Bart. Comprendo que aún no habéis tenido tiempo de cobrar la pasta y tenéis dificultad para reunir esa cantidad. Os daré facilidades, esperándome a cobrar durante las próximas cuarenta y ocho horas.

Bart Nader masculló, rabioso:

—Nunca vas a cobrar ese dinero, Graham.

James sacudió la cabeza.

—Pillar una rabieta no te llevará a ninguna parte, Bart.

Brillantes los ojos, le apuntó Nader con el índice extendido.

—Voy a decirte lo que haremos contigo, Graham. Te llenaremos

el cuerpo de plomo y después te arrojaemos al Támesis con una piedra de media tonelada sujeta a los pies.

—Me estás poniendo la carne de gallina, Bart. Sabes de sobra que no puedes hacerlo.

—¿No?

—Primero lo tendrás que consultar con tu jefe.

Bart Nader frunció el ceño.

—¿De qué hablas, Graham? Bart Nader no tiene a nadie por encima que le dé órdenes.

—Vamos, Bart —sonrió, tranquilo James—. Vosotros sois pistolerillos de tres al cuarto. Para montar una operación como la que habéis llevado a cabo hace falta tener materia gris en el cerebro. Roger, George, Warden y los otros, te pueden creer un genio. Pero yo voy mucho más lejos que ellos.

Bart Nader se disponía a responderle, cuando se abrió la puerta del dormitorio y apareció Eva Godrigg vistiendo un sugestivo camisón transparente como única prenda.

Hizo un mohín de disgusto y pidió:

—¿Por qué no acabas con todo esto, Bart?

CAPÍTULO XI

Bart Nader se revolvió, furioso.

—¡Regresa a la habitación, Eva!

La mujer reflejó en el rostro un profundo fastidio y empezó a girarse. De pronto descubrió a Graham y abriendo mucho los ojos, se aproximó a él, mirándole fijamente.

—Éste es el tipo, Bart.

Ahora le llegó el turno de sorprenderse a Bart Nader.

—¿De qué estás hablando?

—Éste hombre es el que me estaba esperando en el *pub*. Te he explicado que me estuvo atosigando hasta que me vi obligada a llamar a Warden para que se ocupase de él.

Nader la sujetó por los hombros.

—¿Estás segura?

—¿Cómo no iba a estarlo? Este fulano es de los que no se olvidan cuando se le pone la vista encima.

—¿Qué insinúas con eso?

Eva Godrigg encogió los hombros.

—Yo me entiendo.

Bart Nader crispó los puños y giróse a James.

—¿Es cierto lo que ha dicho Eva, Graham?

—Totalmente. Sólo que en lugar de ocuparse de mí, Lynn Warden, me ocupé yo de él. En realidad, no disponía de otro conducto para llegar hasta ti, Bart.

Nader entornó los párpados.

—Quieres decir que utilizaste a Eva para llegar a mí, ¿eh?

—Fue el primer peldaño.

El fulano de anguloso semblante se giró nuevamente a su amiga y la miró iracundo.

—¿Ves lo que has conseguido, Eva?

—Warden fue el que falló, Bart.

—Pero tú nunca debiste aceptar la compañía de este tipo. En cuanto mencionó mi nombre...

Eva Godrigg levantó ambas manos, defendiéndose:

—Un momento, Bart —comenzó a decir—. ¿De quién partió la brillante idea de que debía seguir haciendo mi vida normal durante varios días? Yo estaba ansiosa de dejarlo todo y reunirme contigo. Pero a ti se le ocurrió que tenía que continuar en mi sitio por si Scotland Yard conocía nuestras relaciones. Y si me has llamado es porque necesitabas a una mujer...

—¡Cállate ya! —rugió, rojo de ira Nader—. Me sacan de quicio las mujeres como tú, perra.

Eva Godrigg atirantó los músculos de la cara.

—Hace unos minutos me estabas diciendo todo lo contrario, Bart —silabeó, tensa—. Cuando vuelvas a necesitarme...

Bart Nader gesticuló, moviendo las manos y pidió un poco más calmado:

—Por favor, Eva, regresa a la habitación y deja que yo arregle este asunto. A fin de cuentas, no se ha perdido nada, porque Graham se encuentra en nuestras manos y no puede hacernos daño alguno.

La mujer lo estuvo mirando largos segundos y luego se giró despacio, encaminándose al dormitorio. Estaba cerrando la puerta, cuando descubrió lo que pasaba y gritó, avisando:

—¡Graham tiene una pistola, Bart!

Nader boqueó, perplejo.

James saltó en pie y mostró la pistola provista de silenciador, al atónito asesino.

Dedicándole una helada sonrisa, dijo:

—Siento que se haya terminado el juego sin sacarte el nombre de tu jefe, Bart. Ahora me veré obligado a emplear otros medios más desagradables.

Moviendo el arma, indicó a los dos pistoleros que lo flanqueaban:

—Habéis interpretado el papel de maravilla, chicos.

Ahora poneos al lado de Bart y seguid recordando que vuestras pistolas son muy bonitas, pero no tienen balas.

Eva Godrigg titubeaba en el quicio de la puerta y le aconsejó calmoso James:

—Es mejor que te unas a la reunión, Eva. Si entras en la habitación con ideas de sacar un arma y ponerte a disparar, voy a tener que olvidar mis principios.

La mujer avanzó hacia el salón.

—Nunca aprendí a manejar un arma de fuego.

—Sigue así y tendrás muchas probabilidades de morir de vieja, encanto.

Entretanto, Bart Nader estaba mirando lleno de intenso odio a sus dos pistoleros.

—Sois unos cochinos miserables —barbotó, sin apartar la vista de Roger y George—. Jamás debí unirme a gentuza tan cobarde como vosotros, canallas.

Roger Kirkland carraspeó, aclarándose la garganta y mostró la mano derecha vendada toscamente.

—Graham es un mulo salvaje, Bart, una bestia inhumana... Me pegó un balazo en la mano el muy criminal y...

—¡Eso son excusas de cobarde, Roger! —chilló Nader—. Nunca pensé que un tipo de agallas como tú pudiera caer tan bajo.

Roger ladeó la cabeza mirando a Whitman.

—Enséñale tu espalda a Bart, George. Eso lo convencerá de la clase de bestia que es Graham.

—Ya está bien, muchachos —los cortó el detective—. Vosotros sois unos criminales sin escrúpulos, como lo demuestra lo que hicisteis en el aeropuerto de Heathrow. No voy a tener consideración con fieras sanguinarias, ¿eh?

Bart Nader le miró, brillantes las pupilas.

—¿Cuál es realmente tu juego, Graham?

—Soy detective privado en los Estados Unidos, Nader. Por eso conozco a la perfección vuestros rudos métodos yanquis.

—Ya me imaginaba que eras policía.

—Te equivocas, Bart —rebatía Graham—. Me encuentro en el caso porque alguien me contrató para haceros pagar la muerte de uno de los civiles que murieron en el aeropuerto. ¿De verdad no quieres decirme el nombre de la persona que está por encima de ti, Bart?

Nader crispó los labios.

James esperó unos instantes, pero comprobó que el asesino no estaba dispuesto a despegar los labios.

—Estás cometiendo un tremendo error, Bart —siguió el joven—. Podría hacerte cantar si me lo propusiera.

Nader lo miró desafiante.

—No soy tan blando como estos dos, Graham.

—Lo que eres es un estúpido, Bart —comentó displicente James—. Si mis sospechas respecto a tu jefe son ciertas, te encuentras en peligro inminente, muchacho.

—¿Intentas asustarme?

—Intento salvar tu pellejo a cambio de una confesión completa, Bart. No seas cretino y...

Uno de los cristales de las ventanas estalló, pulverizado en mil fragmentos. Todos los allí reunidos se arrojaron al suelo como puestos de mutuo acuerdo.

Sólo Bart Nader permaneció en pie.

Pero mostraba una horrible herida en el lado izquierdo de la frente. Poco a poco, fue cayendo hasta quedar unos instantes arrodillado. Luego, acabó de desplomarse y bajo su cabeza comenzó a formarse un gran charco de sangre.

Al percatarse de lo que había ocurrido, emitió Eva Godrigg un agudo grito, arrojándose sobre el moribundo.

James esperó un par de minutos agachado, hasta convencerse de que había pasado el peligro para ellos. Entonces se levantó, haciendo un ademán a Roger y George.

Éstos lo imitaron lentamente y bisbiseó el rubio:

—Queremos... entregarnos a la policía, Graham.

James dio una cabezada afirmativa y se encaminó al teléfono. Levantó el auricular, discando un número y tuvo que aguardar unos segundos hasta que respondieron al otro lado:

—Jack Brannan al habla.

—Asunto listo para el archivo, Jack.

Hubo un largo silencio y después inquirió, incrédulo, el inspector de Scotland Yard:

—¿Tienes también las joyas, Jim?

—No.

—Entonces, no está resuelto el asunto, ¡maldita sea!

James Graham hizo un relato concienzudo de todo lo acaecido aquella larga noche. No omitió ningún hecho, aunque se guardó para sí un par de detalles observados. El superintendente Bryce se

pasó la mano por el rostro y forzosamente, tuvo que admitir:

—Ha trabajado usted muy bien, Graham.

—Quizá se deba a que conozco la forma en que se desenvuelven mis compatriotas, señor.

—No todos los delincuentes detenidos son estadounidenses.

—En efecto, señor. Y por eso, Warden y sus hombres se vieron sorprendidos por mi forma directa de actuar. Aquí, en Inglaterra, no están acostumbrados a... ciertos procedimientos.

El inspector Jack Brannan intervino ácidamente:

—Pertenece a otra civilización, Jim.

El joven emitió una risita irónica.

—Y así os va, Jack.

—¿Qué pretendes insinuar, yanqui?

—Camináis con diez años de retraso por el mundo, Jack. Por eso cualquier Gobierno de un pequeño Estado...

El superintendente Bryce levantó las manos, interrumpiendo:

—Por favor, señores, no se pongan a discutir tan temprano. Pueden dejarlo para después del almuerzo.

Se hizo un corto silencio y lo rompió Graham, diciendo:

—Me hago cargo de que el inspector Jack Brannan siente un poco de envidia, superintendente. Resolver un caso en veinticuatro horas, no está al alcance de cualquier policía.

Brannan apretó los dientes, rojo de ira.

—Te crees un tipo listo, ¿eh, Jim?

—Estoy catalogado como el mejor detective del mundo, Jack —se burló el joven—. Y soy tan bueno, que creo haberme adelantado a los planes de cierto individuo.

El superintendente Bryce y Brannan cambiaron una mirada. Finalmente, preguntó el superior:

—¿Qué trata de decir, Graham?

El joven estableció una pausa voluntaria.

—Como Jack ha dicho muy bien, el caso no está resuelto del todo. Nos falta encontrar el depósito de las joyas robadas en Beirut, e introducidas posteriormente en Inglaterra desde Tel Aviv.

Jack Brannan rió con aire de suficiencia.

—No somos yanquis, pero tenemos nuestros métodos particulares para hacer confesar a un malhechor, Jim.

—Paja, Jack.

—¿Cómo dices?

—Que todo eso es paja quemada, muchacho. Podéis apretar las clavijas a esa gente todo cuanto os venga en gana. Sin embargo, será inútil, porque no saben nada de nada.

El inspector Brannan torció los labios.

—¿No, eh?

—¿Quieres saber por qué no sacaréis nada en limpio, Jack?

—Apuesto a que me lo vas a decir tú.

—No sacaréis nada porque esos tipos no tienen ni idea del paradero de las joyas. Sólo tres personas en Londres saben el lugar donde se encuentran. Una de ellas es, por descontado, quien las tiene en su poder. La otra persona era Bart Nader y tuvimos la mala suerte de que lo matara un francotirador.

El superintendente Bryce lo miraba interesado.

—Falta la tercera persona, Graham.

El inspector Brannan comentó, sardónico:

—Ahora nos dirá que la tercera persona es él, señor.

James fingió una gran sorpresa, mirando a Brannan.

—¿Cómo lo has adivinado, Jack? Nunca sospeché que fueras tan agudo en tus...

—Vamos a dejar los enfrentamientos personales para otra ocasión —refunfuñó Bryce, cortándolo—. Si de verdad conoce el paradero de las joyas, tiene el deber de comunicárnoslo, Graham.

James se masajeó el mentón y tardó un poco en contestar.

—De acuerdo, señor. Pero, una vez más, tengo que advertirles que siempre trabajo a mi manera, sin injerencias extrañas. Veré primero a una persona sin la compañía de ningún policía y luego los conduciré al sitio donde se encuentran esas joyas.

CAPÍTULO XII

La sucia neblina del amanecer londinense apenas si dejaba penetrar la suficiente claridad al amplio salón donde aguardaba James Graham, contemplando indolentemente los valiosos objetos reunidos en aquella suntuosa sala.

Una puerta se abrió y apareció lord Adlai Whinlake, revistiendo una bata de gruesa lana.

Sus primeras palabras no fueron muy amables:

—Demasiado temprano para una visita, ¿no le parece, señor Graham?

El joven sonrió, disculpándose.

—Lamento haberlo levantado del lecho, lord Whinlake.

—Espero que, por lo menos, tenga buenas noticias.

James dio una cabezada afirmativa.

—Por eso precisamente he venido, lord Whinlake. Siempre que resuelvo un caso, me apresuro a comunicarlo al cliente.

El aristócrata inglés permaneció impasible.

—¿Quiere decir... que ha encontrado a los asesinos?

—Exacto, lord Whinlake —movió la cabeza Graham—. Scotland Yard se ha hecho cargo de ellos.

Adlai Whinlake estuvo unos instantes silencioso. Después se ajustó el cinturón de la bata maquinalmente y dijo, despacio:

—No me engañaron al decirme que era usted el mejor detective del mundo, Graham.

James se encogió de hombros.

—Prefiero pensar que ha sido un golpe de suerte. Nunca me ha gustado vanagloriarme de mi trabajo.

—Sin embargo, es usted..., ¿cómo lo diría yo? Tal vez demasiado escrupuloso, Graham.

El joven arqueó las cejas.

—¿A qué se refiere, lord Whinlake?

El viejo aristócrata dio unos pasos por la sala y finalmente, acabó deteniéndose frente al detective y lo miró fijamente al fondo de los ojos.

—¿Recuerda lo que le dije al contratarlo?

—Perfectamente.

—Pero ha preferido entregar a esos criminales en Scotland Yard, ¿no? Le hubiera resultado muy fácil ganar una suma complementaria a sus honorarios.

—Ya son lo suficientemente altos, lord Whinlake.

—Ha debido tener en cuenta que esa gente no merece compasión. Son como fieras sedientas de sangre, que asesinan por el placer de hacerlo. Lo que sienten por el prójimo es desprecio absoluto y...

James levantó la diestra, atajándolo:

—Le ruego que no siga, lord Whinlake. De todas formas..., uno de esos criminales ya ha pagado sus crímenes. Le atravesaron la cabeza de un balazo.

Un largo silencio gravitó sobre los dos hombres. Finalmente, lo rompió el inglés, empezando a decir:

—No tengo ninguna confianza en los tribunales ingleses, Graham. Posiblemente esos asesinos tengan la suerte de tropezar con un juez sentimental que no sepa calibrar exactamente sus delitos. Si un abogado competente se encarga del caso...

Dejó la frase sin concluir y dio unos pasos, alejándose del joven. Llegó junto a un butacón y tomó asiento en él antes de seguir diciendo, apenado:

—Temo que nunca podrá comprenderme, Graham.

—Al contrario, lord Whinlake —aseguró James, esbozando una sonrisa—. Creo comprenderlo perfectamente.

—Se equivoca, Graham. Nadie puede entender a otra persona que habla un lenguaje extraño. En fin... Le extenderé un cheque y podrá seguir su viaje a Nueva York.

James denegó, moviendo la cabeza.

—No puedo cobrar ése cheque, lord Whinlake.

El inglés levantó las cejas, arqueándolas.

—Aquí no dispongo de una suma tan elevada en efectivo, Graham.

James compuso una mueca.

—Ahora es usted el que no me entiende, lord Whinlake. Aún no puedo cobrar mis honorarios porque el caso no se ha resuelto del todo. Mi ética profesional me lo impide.

Adlai Whinlake lo miró, extrañado.

—Pero usted dijo...

—Que los asesinos se encuentran en poder de la policía y es totalmente cierto, lord Whinlake.

—¿Entonces...?

—Pero las joyas no han sido encontradas todavía.

El lord británico levantó ligeramente los hombros.

—Eso no me concierne a mí, Graham. Mi interés se centraba en que los asesinos pagaran su delito.

James rió, irónicamente.

—¿Dejamos a un lado las mascaradas, lord Whinlake?

El asombro del aristócrata fue en aumento.

—No comprendo lo que quiere decir.

—Lo comprende perfectamente, lord Whinlake —afirmó James, con un brillo especial en las pupilas—. ¿Piensa entregarnos las joyas por las buenas o tendremos que recurrir a otros medios?

Lord Whinlake boqueó, perplejo. Después de unos segundos, se incorporó del asiento que ocupaba y pudo articular:

—Usted no está en su sano juicio, Graham. ¿Cómo podía yo...?

El detective lo cortó, haciendo un ademán.

—Acaba de descubrirse, hace tan sólo unos segundos, lord Whinlake. Usted no podía saber lo de las joyas, ya que Scotland Yard lo ha mantenido en secreto. La versión difundida por todos los medios de comunicación ha coincidido en que lo ocurrido en el aeropuerto de Heathrow fue un acto terrorista. Sin embargo, usted no se extrañó en absoluto cuando yo mencioné las joyas que todavía no fueron recuperadas.

Lord Whinlake estuvo unos instantes silencioso.

—Eso es absurdo, Graham —arguyó, después—. Su acusación carece de base y podría demandarlo ante los tribunales.

James soltó una risita.

—Usted mismo ha comprobado que conozco bien mi oficio. ¿Cuánto supone que tardaría en encontrar al tipo que liquidó a Bart Nader, obedeciendo órdenes tuyas?

El aristócrata inglés frunció el entrecejo.

—Veo que tiene mucha imaginación, Graham. No me diga que también me piensa acusar de eso.

—Sin lugar a dudas, lord Whinlake. Usted financió y planeó el robo de esas joyas en Beirut. Para ello, contrató los servicios de Bart Nader y lo hizo figurar como jefe absoluto ante los restantes miembros de la banda. Era la única persona que conocía su verdadera identidad y tenía que morir, por lo tanto. No dudó en dar la orden de matarlo al ser informado esta madrugada de que yo le seguía los pasos tan de cerca.

—¿Se ha vuelto loco, Graham?

—Nada de eso, Lord Whinlake. Usted jamás sospechó que yo daría con esa gente en un tiempo récord. Eso llegó a desconcertarle y tuvo necesidad de recurrir a la violencia.

Tras unos minutos de silencio, inquirió mordaz el aristócrata:

—¿Por qué tenía entonces que contratar sus servicios, Graham? Siendo usted uno de los mejores detectives del mundo...

—Eso es algo que me intrigó en principio, hasta que todas las piezas han encajado en el rompecabezas. El rubio Roger Kirkland alcanzo en una de sus ráfagas a Laura Britt y usted no deseaba que pudiera huir sin pagar su crimen. Como antes o después debía acabar con Nader, temió que se produjera una desbandada general y Kirkland lograra escapar sin recibir su castigo. Ése fue el motivo de contratarme. Quería estar seguro de que Roger Kirkland seria atrapado. Pero, por otra parte, mantuvo a Bart todo el tiempo bajo vigilancia, por si las cosas llegaban a ponerse feas, como en realidad sucedió.

Adlai Whinlake sonrió, sardónico.

—Ya he dicho que tiene una imaginación portentosa, Graham.

—Por eso dicen que soy un buen detective, lord. ¿Quiere saber en qué momento comencé a sospechar de usted?

—Adelante.

—Mientras estoy charlando con alguien, aprovecho para fijarme hasta en los detalles más insignificantes. Ayer, cuando usted me llamó y estuvimos hablando, observé que sobre su mesa había un papel y en él, un número de teléfono. El mismo número que marcó Lynn Warden para establecer contacto con Bart Nader. Aunque debo reconocer que tardé bastante en relacionarlos, a pesar de que el número que disco Warden me resultaba familiar de alguna

manera.

Hubo un profundo silencio y sacudió la cabeza Whinlake.

—Tengo que reconocer que es usted un hombre muy agudo, Graham.

—La suerte ha tenido una importancia vital. De todas maneras, desde que Bart Nader fue identificado en la matanza del aeropuerto, tuve el convencimiento de que una persona de superior inteligencia se hallaba detrás de él. Pero precisamente los hombres inteligentes son los que cometen los mayores errores y su caso no ha sido una excepción. Se equivocó también al hablarme de Laura Britt. Investigué su pasado y la verdad es que no tuve necesidad de escarbar demasiado para averiguar que Laura trabajó para Lynn Warden hace apenas un año. Al parecer, usted la conoció en una fiesta... íntima, ¿eh, lord Whinlake?

El aristócrata había cambiado la expresión de su rostro y ahora miraba irónicamente al detective.

—Supongamos que todo cuanto ha dicho es cierto, Graham.

James lo miró recto a los ojos.

—¿Lo es?

—¿Tiene tanta importancia para usted saberlo? —Hizo una corta pausa y agregó—: Se trata del prurito profesional, ¿verdad?

—En efecto.

—Si ha de servirle de satisfacción personal, le diré que sus deducciones han resultado muy aproximadas a la realidad, Graham. Yo financié la operación, pero no intervine en la elaboración de los planes. Por eso no pude impedir la muerte de Laura a manos de esos salvajes. Fue... una extraña y dramática coincidencia.

Se estableció un silencio entre los dos hombres y lo rompió James, inquiriendo:

—¿Qué piensa hacer ahora, lord Whinlake?

—Puede adivinarlo.

—Supongo que tendrá planeado algo para que yo no pueda abandonar su mansión.

—Otra prueba de su agudeza mental, Graham. Edward Tower, mi hombre de confianza, le meterá un balazo en la cabeza, igual que a Nader, si intenta cualquier movimiento sospechoso.

James emitió un suspiro.

—Lo suponía. ¿Dónde están las joyas, lord Whinlake?

—¿Qué puede importarle eso, Graham? —replicó, sardónico, el inglés—. Para usted, se encuentran en un lugar inalcanzable.

—¿Eso es lo que supone?

—Vamos, Graham, no me diga que tiene un triunfo guardado en la manga. Esto no es una partida de póquer.

James dejó escapar una suave risa.

—¿Cree que hubiera entrado aquí como un conejillo de India, lord Whinlake?

—Ahora me dirá que tengo la casa rodeada de policías.

—Sólo tiene que llamar a Tower para comprobarlo.

El inglés arrugó el ceño y lo miró, sintiendo dentro de sí cierto desasosiego.

Vaciló unos instantes y fue James el que llamó, levantando la voz:

—¡Ya podéis entrar, Jack!

La puerta del salón se abrió y penetraron en él varios hombres. En cabeza venía el inspector Jack Brannan, de Scotland Yard, al que hizo James una indicación.

—Es todo vuestro, Jack.

CAPÍTULO XIII

Sentado tras la mesa de su despacho, con una expresión satisfecha en el rostro, dijo el inspector Jack Brannan:

—Lord Whinlake acaba de entregarnos la llave de la caja de seguridad donde se encuentran las joyas. Moralmente, es un hombre destrozado y apenas si ha ofrecido resistencia en los interrogatorios a que ha sido sometido.

Al otro lado de la mesa. James Graham movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Me alegro por ti, Jack. Supongo que ahora vais a recibir una felicitación de vuestros superiores.

Brannan carraspeó levemente, antes de decir:

—En honor a la verdad debo reconocer que has hecho un trabajo excepcional, Jim.

—Ya.

—Nunca en mi vida he visto al superintendente Bryce tan entusiasmado, chico. Te ha elogiado una barbaridad.

Graham compuso una mueca.

—Siempre se elogia a los imbéciles, Jack.

El policía inglés arrugó la nariz.

—No te entiendo.

—Me he jugado el físico por una chorrada, Jack —respondió calmoso el detective—. Sólo por el dudoso agradecimiento de la policía inglesa. Cobro medio millón de dólares por caso resuelto. Y en esta ocasión, el medio millón se ha ido a tomar viento.

Jack Brannan permaneció unos segundos dubitativo.

Luego se pasó la mano por el mentón y dijo en tono grave:

—En alguna ocasión, puede traerte uno de tus casos a Inglaterra, Jim. Entonces vas a comprobar personalmente que no lo has perdido todo, resolviendo este asunto.

Graham hizo una mueca y se levantó.

—Espero que tengas buena memoria, Jack.

El inspector inquirió, sin moverse del asiento.

—¿Adónde vas con tanta prisa, Jim? Tengo entendido que tu avión no sale hasta dentro de cinco horas.

Graham esbozó una sonrisa.

—He concertado una cita muy importante, Jack.

—No hace falta que te levantes de esa silla, Jim —informó Brannan—. De un momento a otro, vendrá aquí la persona que debe acudir a tu cita.

—¿Qué estás diciendo, Jack?

El de Scotland Yard fingió un gran asombro.

—¿Yo...?

Graham inspiró con fuerza.

—Suéltalo, Jack.

—Sólo quería decirte que la agente Sheila Murphy tiene que venir para que el superintendente Bryce le firme el año de excedencia que ha solicitado, Jim.

Brannan observó la perplejidad que se reflejaba en el semblante de su amigo y agregó, risueño:

—Procura tratarla bien cuando te cases con ella, Jim. Y recuerda que, transcurrido un año, puede regresar a ocupar su puesto de agente femenino de Scotland Yard.

James se hizo a un lado y dejó que Sheila entrara en la habitación.

Observó que la muchacha sólo llevaba en la mano un pequeño neceser y preguntó, un tanto adusto:

—¿Has dejado el resto de tu equipaje en recepción? Ella dejó el neceser sobre una silla y girándose a él, le miró fijamente a los ojos.

—Todavía me guardas rencor, ¿eh, Jim?

El joven encogió los hombros.

—Creo que no, Sheila.

Ella arqueó las cejas.

—¿Crees...? Eso quiere decir que no estás seguro.

James paseó furioso por la habitación.

—¡Claro que estoy seguro! —exclamó, contradiciéndose—. Sigo pensando en casarme contigo, ¿no?

La muchacha se le aproximó, situándose frente a él y mirándole al fondo de los ojos, dijo suavemente, sin estridencias:

—Antes de ir con el inspector Brannan a detener a Whinlake viniste a mi apartamento, Jim. Me pediste que me convirtiera en tu esposa y yo acepté porque me he enamorado de ti como una tonta. Pero somos adultos y puedo comprender que cambies de parecer respecto a mí.

James levantó los brazos, sujetándola por los hombros.

—Oye, cariño...

—Déjame terminar, Jim —pidió la chica, cortándolo—. Quiero hacer constar que en ningún momento te he tomado el pelo, como dijiste en el despacho de Brannan. Me debía por completo a Scotland Yard y tenía la obligación de cumplir órdenes.

James la atrajo e, inclinándose, la besó en los labios.

—Te quiero, Sheila —murmuró, cuando se separaron—. Y eso está por encima de todo.

Intentó seguir besándola, pero ella se le escapó de entre las manos y se alejó unos pasos.

—Todavía no estamos casados, Jim.

El joven boqueó, mirándola.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Ignoro cómo se hará en tu tierra, Jim. Pero en Inglaterra una chica que se precie...

James levantó los brazos, haciendo una mueca.

—¡Oh, Sheila...! No me salgas una de esas remilgadas que...

—No me fío de los tipos inteligentes como tú, cariño.

—Está bien —accedió el joven, soltando un gruñido—. Sólo después de la boda habrá efusiones amorosas. Terminaré de recoger mis cosas y bajaremos a recepción a por las tuyas.

—No he dejado nada en recepción, Jim.

Graham se giró, extrañado.

—¿Y tu equipaje?

Sheila señaló el pequeño neceser.

—Ahí está todo lo que llevaré a los Estados Unidos, querido.

—No me digas que todos tus vestidos van en ese...

—Mis vestidos son viejos y pasados de moda, Jira —sonrió picaresca la muchacha—. Y la esposa de un detective que cobra medio millón de dólares por caso resuelto, no puede vestir de cualquier manera. En cuanto lleguemos a Nueva York, tengo que renovar mi vestuario. Lo haré después de casada, para que así

puedas pagar tú, sin avergonzarme.

James entornó los ojos, mirándola unos instantes.

—Vas a tener que ganártelo, nena.

—Ya contaba con eso, Jim. Pienso ayudarte en todos tus casos.

El joven chasqueó la lengua, denegando.

—Ni hablar. Sabes que no me estaba refiriendo a eso —movió el dedo índice, llamándola y añadió, burlón—: Tienes que ganártelo siendo una mujer sumisa, Sheila.

Ella hizo un mohín muy femenino y se le aproximó despacio.

Cuando estuvo junto a él le echó los brazos al cuello y empezó a besarlo apasionadamente.

James no tuvo la menor duda de que se ganaría todo cuanto quisiera.

FIN

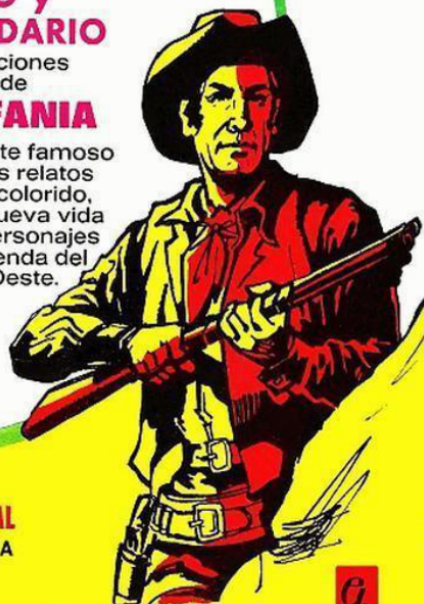
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

